

IX 9Marcas

EDIFICANDO IGLESIAS SANAS

LA SANA DOCTRINA

CÓMO
CRECE UNA
IGLESIA EN
EL AMOR Y EN
LA SANTIDAD
DE DIOS



BOBBY JAMIESON

“La Escritura sirve para la sana doctrina, la sana doctrina sirve para la vida real y la vida real sirve para un crecimiento auténtico de la iglesia. Esto es lo que Jamieson afirma, y da en el clavo con todo lo que dice”.

J. I. Packer, Consejo Directivo, Profesor
de Teología, Regent College

“¡Pon atención a tu doctrina! Este imperativo para un cristianismo fiel a muchos cristianos les suena abstracto y, al mismo tiempo, irrelevante para la vida de la iglesia. Bobby Jamieson piensa lo contrario y el libro *La sana doctrina* es un argumento magistral para la doctrina que no solo está profundamente arraigada en la iglesia, sino que también produce una iglesia que muestra tanto la gracia de Dios como su gloria”.

R. Albert Mohler Jr., Presidente, Southern
Baptist Theological Seminary

“La experiencia cristiana verdadera implica más cosas que la sana doctrina; pero no es nada sin ella. Bobby nos ayuda a ver cómo la sana doctrina no solo nos moldea, sino que también fortalece todos los ministerios de la iglesia local, desde una evangelización efectiva hasta los grupos pequeños. Este libro te servirá como punto de partida para elaborar una filosofía ministerial”.

J. D. Greear, Pastor principal, The Summit Church,
Durham, Carolina del Norte. Autor del libro *Stop Asking
Jesus into Your Heart: How to Know for Sure You Are Saved*

“La verdad sirve para la vida. La enseñanza sirve para vivir. La sana doctrina sirve para el amor, para la unidad, para la adoración, para testificar y para gozarnos. De eso trata este libro. Los cristianos necesitan

entender cómo la enseñanza bíblica sana —la doctrina que se basa en las Escrituras y se extrae de ellas— instruye cada aspecto de la vida cristiana y de la experiencia. Bobby Jamieson defiende esto en su libro *La sana doctrina*. Su razonamiento es conciso, bíblico, interesante y convincente. Leer el libro toma poco tiempo, pero su contenido producirá beneficios a los cristianos y a las iglesias durante mucho tiempo”.

J. Ligon Duncan, Ministro principal, First Presbyterian Church, Jackson, Misisipi. Profesor de Teología Sistemática e Histórica en la Cátedra de John E. Richards, Reformed Theological Seminary

“¿Crees que la doctrina es, en el mejor de los casos, poco práctica y, en el peor de ellos, algo sin amor? Concédeme a este autor unos minutos para ayudarte a reconsiderarlo. Bien escrito, preciso, provocador y práctico. ¡Jamieson ha producido una joya!”.

Mark Dever, Pastor principal, Capitol Hill Baptist Church, Washington, D.C.

“Me siento junto a Bobby Jamieson en una clase de seminario, por tanto te puedo decir que es un tipo muy inteligente, un estudioso genuino, teológicamente despierto y —sorprendentemente— un surfista ferviente. Antes de convertirme, me sentaba junto a muchachos inteligentes como Bobby para hacer trampas, pero ahora lo hago para aprender. ¡Y hay mucho que aprender de él! Si no entiendes por qué la sana doctrina es importante, o no te das cuenta de la diferencia que esta puede hacer, entonces, Bobby tiene algo que enseñarte. En este libro aprenderás que la sana doctrina es tan deleitosa como práctica, tanto para la vida diaria como para la iglesia. ¡Ven y siéntate conmigo junto a Bobby!”.

C. J. Mahaney, Sovereign Grace Ministries

“La doctrina que es bíblicamente fiel y relevante en la práctica es esencial para la salud y la vida de la iglesia. Sin ella, las iglesias se volverán anémicas y con el tiempo morirán. El libro *La sana doctrina* es un breve manual básico de doctrinas claves acerca de la santidad, el amor, la unidad, la adoración y la evangelización. En un tratado cuidadoso y bien escrito, Bobby Jamieson nos dirige a través de estas doctrinas cruciales revelando su importancia para nuestras mentes, nuestros corazones, nuestras vidas individuales y la comunidad de la fe”.

Daniel L. Akin, Presidente, Southeastern
Baptist Theological Seminary

“Si alguna vez has tenido la tentación de pensar que la doctrina es aburrida, divisiva o simplemente inútil, este es un libro para ti. Bobby Jamieson demuestra que la sana doctrina imparte vida, y es bella y deseable en gran manera. Espero que este mensaje se extienda a lo largo y ancho del mundo”.

Michael Reeves, Director de Teología, UCCF
(Reino Unido). Autor de los libros *Delighting in
the Trinity* y *The Unquenchable Flame*

IX 9Marcas **EDIFICANDO IGLESIAS SANAS**

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA

Cómo proclamar la Palabra de Dios hoy

David Helm

DISCIPULAR

Cómo ayudar a otros a seguir a Jesús

Mark Dever

EL EVANGELIO

Cómo la iglesia refleja la hermosura de Cristo

Ray Ortlund

LA EVANGELIZACIÓN

Cómo toda la iglesia habla de Jesús

J. Mack Stiles

LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA

Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús

Jonathan Leeman

LA DISCIPLINA EN LA IGLESIA

Cómo protege la iglesia el nombre de Jesús

Jonathan Leeman

LOS ANCIANOS DE LA IGLESIA

Cómo pastorear al pueblo de Dios como Jesús

Jeramie Rinne

LAS MISIONES

Cómo la iglesia local se vuelve global

David Platt

LA CONVERSIÓN

Cómo Dios crea a Su pueblo

Michael Lawrence

TEOLOGÍA BÍBLICA

Cómo la iglesia enseña fielmente el evangelio

Nick Roark & Robert Cline

LA SANA DOCTRINA

CÓMO
CRECE UNA
IGLESIA EN
EL AMOR Y EN
LA SANTIDAD
DE DIOS

BOBBY JAMIESON



**La sana doctrina: Cómo crece una iglesia
en el amor y en la santidad de Dios**

Bobby Jamieson

© 2014 por 9Marks

Traducido del libro *Sound Doctrine: How a Church Grows in the Love and Holiness of God* © 2013 por Robert B. Jamieson III. Publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers; Wheaton, Illinois 60187, U.S.A. Esta edición publicada por un acuerdo con Crossway.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso. Las citas bíblicas con las siglas NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia. Nueva Versión Internacional* © 1999, por Sociedad Bíblica de España. Usada con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Traducción: Xavier P. Patiño

Revisión: Patricio Ledesma

Diseño de la carátula: Dual Identity Inc.

Imagen de la carátula: Wayne Brezinka para brezinkadesign.com

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Amazon ISBN: 978-1940009445

*Para Kristin,
con todo mi amor.*



CONTENIDO

Prólogo acerca de la serie	11
Introducción	13
1 La sana doctrina sirve para la vida: la vida de la iglesia	17
2 La sana doctrina sirve para leer y para enseñar la Biblia	33
3 La sana doctrina sirve para la santidad	57
4 La sana doctrina sirve para el amor	77
5 La sana doctrina sirve para la unidad	89
6 La sana doctrina sirve para la adoración	101
7 La sana doctrina sirve para testificar	113
Postdata: <i>La sana doctrina sirve para el gozo</i>	129
Unas palabras de gratitud	131
Referencias	133
Índice de las Escrituras	137

¿Pero para qué sirve conocer la verdad en palabra si se profana el cuerpo y se realizan acciones degradantes? ¿De qué sirve la santidad del cuerpo si la verdad no anida en el alma? Ambos, pues, se alegran de estar juntos, están aliados y luchan mano a mano para llevar al hombre a la presencia de Dios.

— Ireneo de Lyon

Demostración de la predicación apostólica¹

PRÓLOGO

ACERCA DE LA SERIE

¿Crees que es tu responsabilidad ayudar a edificar una iglesia sana? Si eres cristiano, creemos que lo es.

Jesús te ordena hacer discípulos (Mt 28:18-20). Judas nos exhorta a edificarnos sobre la fe (Jud 20-21). Pedro te llama a utilizar tus dones para servir a los demás (1P 4:10). Pablo te dice que compartas la verdad con amor para que tu iglesia madure (Ef 4:13, 15). ¿Ves de dónde lo estamos sacando?

Tanto si eres miembro de la iglesia o líder de ella, los libros de la serie *Edificando iglesias sanas* pretenden ayudarte a cumplir estos mandamientos bíblicos para que así juegues tu papel en la edificación de una iglesia sana. Dicho de otra manera, esperamos que estos libros te ayuden a crecer en amor por tu iglesia, tal y como Jesús la ama.

9Marcas planea producir un libro que sea corto y de agradable lectura acerca de cada una de las que Mark Dever ha llamado las nueve marcas de una iglesia sana y, un libro más, acerca de la sana doctrina. Consigue los libros acerca de la predicación expositiva, la teología bíblica, el evangelio, la conversión, la evangelización, la membresía

de la iglesia, la disciplina eclesial, el discipulado y el crecimiento, y el liderazgo de la iglesia.

Las iglesias locales existen para mostrar a las naciones la gloria de Dios. Esto lo hacemos fijando nuestros ojos en el evangelio de Jesucristo, confiando en él para salvación, y amándonos unos a otros con la santidad, la unidad y el amor de Dios. Es nuestra oración que el libro que tienes en tus manos sea de ayuda.

Con esperanza,
Mark Dever y Jonathan Leeman
Editores de la serie

INTRODUCCIÓN

¿Qué piensas acerca de la doctrina? ¿Que solo causa luchas y divisiones entre los cristianos? ¿Que nos distrae del verdadero trabajo de la evangelización? ¿Que es importante para los pastores pero para nadie más?

Puede que tengas una actitud más positiva hacia la doctrina. Puede que te encante aprender acerca de Dios, pero a veces parece que tu cabeza crece mucho más rápido que tu corazón.

Independientemente de cuál sea tu postura en cuanto a la doctrina, la meta de este libro es convencerte de que la sana doctrina es esencial para vivir vidas piadosas y para edificar iglesias sanas. ¿Por qué? Porque la sana doctrina sirve para la vida; la vida de la iglesia.

Encontrarás dos ideas principales en todo este libro. La primera es que la sana doctrina sirve para la vida. Esto significa que es práctica. No es un conjunto de hechos abstractos, sino un mapa de carreteras que nos muestra quiénes somos, dónde estamos y a dónde vamos. Por tanto, la sana doctrina es esencial para vivir vidas y edificar iglesias que dan gloria a Dios.

La segunda idea principal de este libro es que la sana doctrina sirve para la vida de la iglesia. Esto significa que la sana doctrina produce vidas que son moldeadas como una iglesia local sana. Los frutos que fomenta la sana

doctrina no son solamente individuales, también son colectivos. Por tanto, la sana doctrina es esencial para cada aspecto de la vida colectiva de nuestras iglesias.

Esto quiere decir que a medida que estudiamos doctrina sana como cristianos individuales debemos aplicar de forma constante en nuestras iglesias locales lo que hemos aprendido. También quiere decir que los pastores deberían alimentar a sus rebaños con doctrina sana y que deberían ajustar cada aspecto de sus iglesias en torno a la sana doctrina. La doctrina no solo sirve para una confesión de fe que queda escondida en el último lugar de la página web de una iglesia; sirve para los sermones, los pequeños grupos de estudio, las conversaciones personales, las oraciones, las canciones y mucho más. La sana doctrina debería correr por las venas de nuestras iglesias y nutrir cada aspecto de nuestra vida en común.

Este libro está basado en un estudio bíblico que escribí llamado “Toda la verdad acerca de Dios: La teología bíblica”¹. El contenido ha crecido y evolucionado pero puedes adquirir este estudio si quieres desarrollar algo de ese material en el contexto de una escuela dominical o en un grupo pequeño.

Empezaremos el capítulo 1 demostrando que la sana doctrina sirve para la vida; la vida de la iglesia. El capítulo 2 se centra en cómo la sana doctrina influencia cómo leemos la Biblia y cómo la predicamos; tanto como individuos como en la iglesia. El resto del libro examina cinco

Introducción

frutos en la vida de la iglesia que la sana doctrina nutre y fomenta: la santidad, el amor, la unidad, la adoración y la evangelización.

¿Estás preparado? ¡Bien! Yo también.



LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA VIDA: LA VIDA DE LA IGLESIA

Siempre he sentido debilidad por los mapas. Cuando era niño y mi familia salía de viaje por carretera, me gustaba seguir nuestro recorrido desde el asiento de atrás, escudriñando con entusiasmo el gigantesco *Rand McNally Road Atlas* (Mapa de Carreteras Rand McNally) que solía extender sobre mi regazo. Llámame raro si quieres, pero con toda seguridad era mejor que estar preguntando cada cinco minutos: “¿Hemos llegado ya?”.

Por supuesto, los mapas con líneas de colores no son los únicos que son útiles. Todos nosotros creamos mapas mentales que nos ayudan a hacer las cosas que tenemos que hacer (como comprar alimentos, ir al centro comercial y devolver los libros a la biblioteca, todo antes de la hora de la siesta del pequeñito de la casa), o hacer las cosas que nos gusta hacer.

Me apasiona el surf (aunque ahora viva a una distancia inmensa de la costa, ¡en Kentucky!). Este deporte se centra en encontrar buenas olas, lo cual puede ser

complicado. Las olas son el resultado de una delicada interacción entre la dirección, el tamaño y el periodo (la distancia entre dos olas) del oleaje, la marea, el viento, los cambiantes bancos de arena, etc. Así que el surfista devoto perfecciona constantemente un mapa mental de dónde encontrará las mejores olas y las menos abarrotadas. En la región del norte de California donde crecí practicando el surf, la lectura de un mapa mental es algo así: “El oleaje de tres metros del noroeste que ha eliminado las olas septentrionales que iban a romper en la costa será perfecto para la sección interior de un cierto lugar del pueblo una vez que baje la marea. Y una marea baja negativa vaciará la vida en los puntos de la parte este, pero despertará ese afortunado arrecife pequeño a la vuelta de la esquina”. La paga —está claro— es surf del bueno. Aunque la caza también es parte de la diversión.

Los mapas cumplen con un propósito muy práctico: te ayudan a llegar a donde quieres ir. De hecho, si tienes un buen mapa y sentido de la ubicación será muy difícil que te pierdas alguna vez. Tal y como le recuerdo algunas veces a mi mujer cuando aparece alguna pequeña incertidumbre concerniente a qué ruta escoger, puede que no sepa qué es lo siguiente que tengo que hacer, pero no estoy perdido; sé exactamente donde estoy. (Los hombres de la familia Jamieson somos famosos —por lo menos entre nosotros mismos— por nuestro sentido de la ubicación).

Este es uno de los motivos por los que me niego obstinadamente a utilizar un GPS. Es una herramienta útil en ocasiones, pero no sustituye a un mapa o al sentido de la orientación. Un mapa te ofrece una vista completa. Te permite ver mucho más allá de la próxima salida de la autopista. El mero hecho de usar un mapa te ayuda a situarte. Pero cuando confías en un GPS estás completamente a merced de una voz incorpórea llamada Estela que te dice —en su mecánico acento español— que debido a ese último desvío que te has saltado, va a pasar los próximos minutos volviendo a calcular tu posición mientras tú sigues conduciendo sin referencia alguna por la autopista. Un mapa, por el contrario, no solo te dice a dónde ir, sino dónde estás.

LA SANA DOCTRINA ES EL MAPA DE CARRETERAS DE DIOS PARA LA VIDA CRISTIANA

En esencia, lo que estoy diciendo es esto: Dios nos ha dado un mapa de carreteras para vivir la vida cristiana y ese mapa es la sana doctrina.

En resumidas cuentas, la Biblia misma es nuestro mapa (y la lámpara a nuestros pies y la lumbrera a nuestro camino, Sal 119:105). Lo que ocurre es que la sana doctrina resume el mensaje de la Biblia en términos sencillos. Sintetiza todo lo que la Biblia tiene que decir acerca de un asunto en concreto, sea que ese asunto provenga de la Biblia o de la vida en el mundo. Es lo mismo que los

profesores de lengua dicen algunas veces cuando quieren enseñarnos palabras nuevas: “No sabes lo que significa una palabra hasta que la puedas definir con tu propio vocabulario”. No puedes simplemente definir una palabra con la misma palabra. Con la doctrina pasa lo mismo, se trata de poner en nuestras propias palabras la enseñanza de la Biblia acerca de un tema concreto. La doctrina es *sana* siempre que nuestras propias palabras resuman correctamente —o fielmente— el contenido de la Biblia (como conseguir un sobresaliente en un examen de lengua). En una clase de lengua solo obtienes un sobresaliente cuando tus palabras expresan correctamente —o sanamente— el significado del vocabulario.

Entonces, ¿cómo deberíamos definir la *sana doctrina* exactamente? Aquí tienes una definición preliminar: *La sana doctrina es un resumen de la enseñanza bíblica que es tanto fiel a la Biblia como útil para la vida*. La doctrina no debería consistir en imponer nuestras ideas a la Biblia. Más bien, debería ser un resumen de lo que la Biblia dice acerca de un tema, ni más ni menos. Debe presentar la enseñanza de la Escritura como una unidad coherente —a la vez que compleja—, motivo por el cual he dicho que es un mapa. Debe relacionar el todo con las partes y las partes con el todo. Entonces, tal y como ocurre con cualquier buen mapa, la sana doctrina cumple con un propósito muy útil y práctico: la sana doctrina sirve para la vida. Las instrucciones sirven para la acción. Escuchamos la

enseñanza de la Palabra de Dios con el propósito de aplicarla a nuestras vidas. La sana doctrina no es información que archivamos y que solo sirve para presentar hechos. Al contrario, es un mapa de carreteras para nuestro peregrinaje de este mundo al venidero.

Los médicos tienen que tomar decisiones complicadas en plazos muy cortos y con mucho en juego. Lo que permite a un buen médico tomar decisiones sabias es un extenso conocimiento del cuerpo humano. No puedes saber que un riñón está fallando si no sabes qué es un riñón y cómo debería funcionar. Por eso los médicos pasan varios años estudiando anatomía humana y fisiología, para poder hacer diagnósticos precisos y prescribir los remedios adecuados (a veces salvando vidas).

En cierto modo, la vida cristiana no es tan diferente. Tenemos que tomar decisiones complicadas al instante, a veces, con mucho en juego. Al igual que en la práctica de la medicina, no hay una fórmula fácil para algunas de esas decisiones. Por tanto, necesitamos sabiduría. Las bases para esa sabiduría —como las bases del buen juicio de un médico— descansan en una sólida roca de conocimiento (el conocimiento de las cosas que Dios ha revelado en su Palabra). En la Escritura, Dios nos dice quién es él, quiénes somos nosotros, de dónde venimos, qué es lo que está mal en este mundo, cómo Dios puede arreglarlo y mucho más. Estas son las cosas que necesitamos conocer mejor si vamos a vivir vidas que agraden a Dios.

La Escritura no es exhaustiva (hay muchas cosas verdaderas que la Biblia *no* menciona). Pero es suficiente. En su Palabra, Dios nos dice todo lo que necesitamos saber para ser salvos y para vivir una vida que le agrade (2P 1:3). La Escritura no nos dice cómo hacer una operación de corazón, pero sí pone al descubierto los deseos y los engaños de todos los corazones humanos (Heb 4:12-13). La Escritura no nos dice cómo ir de Londres a Tokio, pero sí nos dice cómo andar sabiamente en el camino del Señor y cómo evitar los lazos del diablo (Col 4:5; 2Ti 2:26).

La Escritura misma nos enseña que la sana doctrina sirve para la vida. En Tito 2:1, Pablo instruye a su colaborador: “Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina”. Después, en los siguientes nueve versículos, describe cómo diferentes grupos de personas en la iglesia deben vivir y relacionarse los unos con los otros:

- Los ancianos deben ser sobrios, serios, prudentes, sanos en la fe (v. 2).
- Las ancianas deben ser reverentes en su porte, no calumniadoras o esclavas del vino, y deben enseñar a las mujeres jóvenes a ser esposas y madres fieles (v. 3-5).
- Los jóvenes deben ser prudentes (v. 6).
- Los siervos o los trabajadores deben sujetarse a sus amos y mostrarse fieles “para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador” (v. 9-10).

Fíjate que en el versículo 1 Pablo no manda a Timoteo enseñar la *sana doctrina*, a pesar de que el apóstol insiste en ello en otras partes de la carta (Tit 1:11; 2:78). En su lugar, Pablo manda a Tito enseñar “lo que está de acuerdo con” la sana doctrina (lo que encaja con ella y lo que procede de ella). Tito debe enseñar a la iglesia en Creta a andar en el camino que la sana doctrina señala. Sus vidas deben conformarse al esquema que la sana doctrina proporciona.

De manera similar, en 1 Timoteo 1:3-5 Pablo escribe lo siguiente:

Como te rogué que te quedases en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarreen disputas más bien que edificación de Dios que es por fe, así te encargo ahora. Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida.

El apóstol dejó a Timoteo en Éfeso para que refutara a aquellos que estaban predicando falsa doctrina (v. 3). Estas falsas enseñanzas estaban fomentando especulaciones en vez de la mayordomía —una vida correctamente ordenada— de Dios que es por fe (v. 4). ¿Con qué propósito dio Pablo esta misión a Timoteo? Para que los cristianos

en Éfeso pudieran personificar el amor que emana de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe no fingida (v. 5). La sana doctrina te lleva a una fe sana, a un corazón sano y a una conciencia sana.

Y estas se convierten en una fuente de la cual fluye toda una vida que agrada a Dios. La meta de la sana doctrina es una vida piadosa. Tal y como dijo un cristiano hace más de cuatrocientos años: “La teología es la ciencia de vivir bendecidamente para siempre”.¹

La sana doctrina es el mapa de carreteras de Dios para vivir fielmente en el mundo. La sana doctrina no solo te dice dónde estás, sino quién eres, quién es Dios y cómo Dios nos ha salvado del pecado y nos ha capacitado para vivir vidas que le agradan. La sana doctrina es el equipamiento esencial para navegar por las retorcidas calles de la ciudad de nuestras vidas. Así que, no salgas de casa sin ella.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA VIDA: LA VIDA EN LA IGLESIA

Cuando era niño jugué durante varios años al baloncesto, al béisbol y al fútbol. Disfruté de todos ellos bastante a fondo aunque era un jugador bastante mediocre. Mi deporte favorito —si se puede llamar así— no debería sorprenderte: es el surf.

Es muy divertido compartir el surf con otros —especialmente con amigos y familiares—, pero el acto en sí

mismo es básicamente individual. Una persona se sienta en la tabla, se dirige hasta una ola, se pone de pie, cabalga hacia la orilla y después repite esta secuencia tanto tiempo como su brazo pueda aguantar. Observar cómo otros atrapan buenas olas o —lo que más gusta a los surfistas— que otros te observen, enriquece la experiencia sin duda. Pero eso difícilmente lo convierte en un deporte de equipo.

Por otro lado, deportes como el baloncesto y el fútbol son intrínsecamente colectivos. Podemos colmar de dinero y elogios a nuestro escolta² favorito o a la estrella goleadora, pero el juego se juega como equipo. Se gana o se pierde como equipo. No existe tal cosa como un equipo de un solo hombre.

He sacado esto a colación porque creo que muchos cristianos estadounidenses tratan su cristianismo más bien como surf en vez de como fútbol. Pensamos en nuestro caminar con el Señor como algo básicamente individual: Yo oro. Yo leo la Biblia. Yo asisto a una reunión de adoración para tener un encuentro con Dios y crecer en el conocimiento de la Escritura. Yo amo a mi prójimo. Yo comparto el evangelio con otros. Está claro que asistir a la iglesia y tener amigos cristianos nos beneficia. Pero lo que estructura nuestras prioridades, lo que define el perfil de nuestro discipulado, lo que usamos como sistema para tomar decisiones es —muy a menudo— simplemente Jesús y yo. Pero la Escritura enseña que el cristianismo

se parece mucho más a un deporte de equipo. Es verdad que cada uno de nosotros debe arrepentirse del pecado y confiar en Cristo para ser salvo (Ro 10:9-10). Cada uno de nosotros dará cuentas a Dios de sí mismo (Ro 14:10). Cada uno de nosotros es responsable por lo que hace (Gá 6:5). Aun así —y a diferencia del surf— la naturaleza misma de la vida cristiana es colectiva.

- Convertirse en cristiano significa ser añadido a la iglesia (Hch 2:41).
- Ser bautizado significa ser bautizado en el cuerpo de Cristo (1Co 12:13).
- Venir a la fe en Cristo significa ser traído cerca, no solo de Dios, sino del pueblo de Dios (Ef 2:17-22).
- Clamar a Dios como Padre y obedecerle significa tener a los cristianos como tus hermanos y hermanas (Mt 12:46-50).

El crecimiento como cristiano es constantemente definido en términos colectivos. ¿Cuántos de los frutos del Espíritu (Gá 5:22-23) puedes practicar tú solo en una isla desierta?

Piensa en cómo Pablo describe el crecimiento cristiano en Efesios 4:11-16. Cristo mismo constituye líderes en su Iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio” (vv. 11-12), “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a

un varón perfecto” (v. 13). Seguimos “la verdad en amor” (v. 15) para poder crecer juntos en Cristo “de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (v. 16).

¿Te das cuenta cuán íntimamente entrelaza Pablo el crecimiento cristiano individual y el crecimiento de la iglesia? La manera principal en la que maduramos como cristianos es a través de la vida de la iglesia. Los miembros ayudan al cuerpo a crecer, lo que significa que unos ayudan a crecer a otros. Somos edificados a medida que edificamos a otros. El crecimiento cristiano es un esfuerzo de equipo. Pero los cristianos somos muchísimo más que un equipo; somos miembros del mismo cuerpo.

Otro pasaje que manifiesta la vida de la iglesia como cuerpo es 1 Corintios 12.

- Como miembros del mismo cuerpo, no podemos separarnos a nosotros mismos de él, como si el cuerpo no nos necesitara: “Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?” (v. 15).
- Como miembros del mismo cuerpo, no podemos vivir de forma autónoma, independientes de los otros miembros: “Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito” (v. 21).

- Como miembros del mismo cuerpo, debemos cuidar de los otros miembros: “Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros” (vv. 24-25).
- Como miembros del mismo cuerpo, nuestras vidas están íntimamente entrelazadas. Nos gozamos con los que se gozan y lloramos con los que lloran: “De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (v. 26).

A pesar de que la metáfora del *cuerpo* también se aplica a la Iglesia universal, lo que Pablo tiene en mente aquí es la participación de los cristianos en una asamblea local en particular. Ahí es donde sufrimos o nos regocijamos juntos, donde nos honramos los unos a los otros y donde nos relacionamos con miembros que son completamente diferentes a nosotros. Ahí es donde mostramos la sabiduría divina, componiendo el cuerpo no de un miembro, sino de muchos (1Co 12:14).

Como miembro del cuerpo de Cristo, tu vida en una iglesia local debería estructurar tus prioridades, debería definir tu discipulado y debería servir como uno de los sistemas principales a través del cual tomarás la mayoría

de las decisiones. La manera en la que vives diariamente tu vida cristiana debería ser definida en su mayor parte por la vida de tu iglesia local.³

Esto quiere decir que la vida piadosa que fluye de la sana doctrina no es meramente un asunto individual. Al contrario, la sana doctrina sirve para la vida en la iglesia.

Podemos observar esto claramente en Romanos 12, donde Pablo nos ruega “por las misericordias de Dios” que vivamos vidas nuevas a la luz del evangelio. Después de utilizar once capítulos para exponer el evangelio y las doctrinas que lo acompañan (“las misericordias de Dios”), el apóstol nos muestra que el evangelio que él predica tiene implicaciones casi infinitas para la vida diaria.

¿Cuáles son algunas de estas implicaciones? En primer lugar, el evangelio y sus doctrinas nos llevan a entregar completamente nuestras vidas a Dios y a ser transformados por la continua renovación de nuestro entendimiento (Ro 12:1-2). El evangelio nos llama a adaptarnos a la mente de Dios, a su voluntad y a sus caminos (no a los del mundo). Pero justo después, Pablo nos dice que no tengamos más alto concepto de nosotros mismos que el que debemos tener (v. 3), sino más bien que usemos nuestros dones para fortalecer el cuerpo (vv. 4-8). El evangelio nos enseña a poner a los demás antes que a nosotros mismos y a utilizar las capacidades que Dios nos ha dado para edificar a los hermanos de nuestra iglesia (tales cosas son imposibles de llevar a cabo en una feliz soledad).

A continuación, en los versículos del 9 al 13, Pablo añade más detalles de cómo debemos amarnos los unos a los otros, honrarnos los unos a los otros y proveer para las necesidades de cada uno. Cuando el apóstol especifica lo que significa vivir a la luz de las misericordias de Dios, regresa inmediatamente a la vida en el cuerpo de Cristo.

¿Cómo puedes vivir a la luz de las misericordias de Dios? Amando y edificando el cuerpo de Cristo. La vida que la sana doctrina pone ante ti está moldeada de la misma forma que tu iglesia local.

La sana doctrina sirve para la vida; la vida en la iglesia.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA VIDA: LA VIDA DE LA IGLESIA

Si la sana doctrina sirve para la vida en la iglesia, también sirve para la vida *de* la iglesia.

Piensa acerca de la vida de una familia. ¿Qué clase de cosas buscarías para poder describirla? Esto es lo que no harías: no anotarías simplemente lo que hace cada miembro de la familia individualmente durante el día para luego convertir tus observaciones en una opinión completa. Lo que harías sería buscar lo que la familia hace cuando sus miembros están juntos.

¿Comen juntos? ¿De qué hablan? ¿Quién lidera la conversación? ¿Cuándo pasan tiempo juntos? ¿Qué hacen? ¿Cuáles son las normas, las tradiciones, las costumbres y demás cosas que determinan cómo viven juntos?

La vida de una iglesia es similar: lo que una iglesia hace cuando sus miembros están juntos define la vida de una iglesia. La manera en la que una iglesia enseña, adora, ora y todo lo demás, impacta profundamente a cada miembro de la congregación (de la misma forma que las costumbres de una familia marcan permanentemente a cada miembro de la familia).

La vida de la iglesia se manifiesta en toda su plenitud en sus reuniones de adoración colectiva. Pero también es útil considerar otros momentos en los que los miembros de la congregación se reúnen. Aparte de la reunión principal de la semana, los miembros de la iglesia se juntan para hacer estudios bíblicos, evangelizar, hablar de asuntos personales y compartir comidas en sus casas.

Uno de los argumentos principales que voy a presentar en este libro es el siguiente: de la misma manera que la sana doctrina es crucial para la vida —y específicamente para la vida en la iglesia—, también es esencial para la vida *de* la iglesia. Al igual que un buen mapa, la sana doctrina es eminentemente útil, por tanto, las iglesias deberían usarla.

Desde el capítulo 3 al 6, veremos cómo la sana doctrina debería fluir a través de toda la vida de la iglesia y nutrir la santidad, el amor, la unidad, la adoración y la evangelización. Aunque antes de hacerlo, consideraremos la fuente misma: ¿cómo impacta la sana doctrina en la lectura y en la enseñanza de la Biblia?



LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LEER Y PARA ENSEÑAR LA BIBLIA

“¡No te puedes perder el concierto de esta noche! ¡Tocará el mejor saxofonista del mundo!”. Estas fueron las palabras de mi profesor de saxofón acerca de un concierto de Michael Brecker que iba a tener lugar en la Universidad de California State en Hayward (San Francisco).

Estaba en el último curso de educación primaria y justo había empezado a tocar el saxofón el año anterior. Escuchando algunos de los viejos casetes y CD de mi padre de grandes músicos como John Coltrane, Thelonious Monk y Dexter Gordon, empecé a desarrollar rápidamente una gran pasión por la música jazz, pero nunca había asistido a un concierto en vivo. Aquella iba a ser mi primera vez.

Normalmente, ser uno de los *más grandes* es un título discutible, pero sin duda alguna Brecker fue el primer saxofonista virtuoso del jazz de su generación (en 2007, y solo con cincuenta y siete años, Brecker murió de leucemia). Aquella noche, Michael Brecker dio un recital,

alternando entre el liderazgo de una gran banda, la dirección de un pequeño conjunto y sus actuaciones como solista. Su espectáculo me transportó a otro mundo.

Mientras Brecker tocaba, su saxofón clásico Selmer Mark VI no sonaba como un trozo inanimado de metal, sino más bien como la varita de un mago capaz de conjurar cualquier sonido que deseara. Era capaz de convocar un torrente de notas de la nada y colocarlas perfectamente en su lugar con tal rapidez que superaba la capacidad de seguimiento de todos los oyentes. Escucharle improvisar fue como observar un cuadro de Rembrandt materializándose ante mí: todos esos perfectos matices clarososcuros, todas esas delicadas e invisibles pinceladas improvisadas mientras pintaba, sin que hubiera una nota fuera de lugar. Pero su actuación no consistió en meros fuegos de artificio; fue algo vibrante, con el propósito de que las emociones fluyeran a medida que su abanico musical se desplegaba entre risas y lágrimas, lamentos y canciones de cuna.

Parecía imposible hacer lo que Brecker hizo con un saxofón, y más teniendo en cuenta que improvisaba a medida que tocaba. La única palabra que lo podía definir era *magia*. En realidad, toda buena improvisación tiene una dosis de magia. Parece fácil pero es algo altamente complejo. Es un hecho espontáneo en esencia pero al mismo tiempo cada nota parece inevitable.

Una simple descripción técnica no puede capturar la magia de una actuación en vivo de Michael Brecker o de

otro maestro del jazz, pero eso no significa que no exista una preparación técnica detrás de la cortina. Más bien al contrario, Brecker —como casi cualquier otro virtuoso del jazz— ensayaba infatigablemente. Disfrutaba de los descansos en los que no viajaba porque así podía ensayar un mínimo de ocho horas al día trabajando su técnica y su vocabulario. Para ser un gran improvisador de jazz tienes que alcanzar una especie de maestría natural en un amplio rango de terreno: el sonido de tu instrumento y sus exigencias técnicas, la compleja lógica de la armonía del jazz, cientos de melodías y progresiones de acordes, los diferentes estilos y sus derivados, los *riff*,¹ los clichés, las inflexiones, las entonaciones y muchas cosas más —la lista continúa— que componen el vocabulario del jazz.

La magia es más que la maquinaria que hay detrás de la cortina, pero sin esta maquinaria la magia no existiría.

LA MAGIA DE UN CRISTIANO MADURO Y LA MAQUINARIA DETRÁS DE LA CORTINA

Hay algo aparentemente mágico en la vida de un cristiano maduro. Aunque esté lejos de ser perfecta, la vida de un cristiano maduro merece respeto y atención, aun cuando esto parezca desafiar una explicación técnica. Un cristiano maduro puede sobrellevar con gozo las aflicciones, puede apartar a una persona del pecado con unas cuantas palabras dichas en el momento apropiado, puede crear armonía donde abunda el conflicto.

Como sucede con un gran improvisador de jazz, hay una gran preparación detrás de la cortina. Entre otras cosas, un cristiano maduro se preocupa de dominar —o mejor dicho, de ser dominado por— la Biblia. Sabe cómo colocar las piezas. Sabe cómo resumirla y expresarla en sus propias palabras. Dicho de otro modo, conoce la sana doctrina. ¿Recuerdas cómo definimos la sana doctrina en el último capítulo? Es un resumen de la enseñanza de la Biblia que es tanto fiel a la Biblia como útil para la vida. Una persona piadosa sabrá cómo hacerlo. Aun cuando no se le ocurriría enseñar a una clase llena de estudiantes de teología sistemática, una persona piadosa sabe lo que Dios dice en la Biblia acerca de sí mismo y acerca de nosotros.

Esto no debería sorprendernos ya que la Escritura misma enseña que es capaz de prepararnos para toda buena obra (2Ti 3:16) y enseña que la transformación espiritual viene a través de la renovación de nuestro entendimiento (Ro 12:1-2), lo cual ocurre a medida que nos sumergimos en ella.

Por tanto, todo cristiano tiene un interés personal en aprender a leer y a enseñar la Biblia sabiamente. Conseguimos esto a través del estudio personal, pero también —y tal vez de forma más precisa— mediante la proclamación y la enseñanza pública de la iglesia. Este capítulo trata de cómo la sana doctrina nos ayuda a leer y a enseñar la Biblia con sabiduría, tanto de forma personal como en la vida colectiva de la iglesia.

LA SANA DOCTRINA: LOS BOLOS Y LAS BARRAS PROTECTORAS DE LA LECTURA BÍBLICA

El objetivo final de leer y de enseñar la Escritura es amar más a Dios y a nuestro prójimo. Y la manera de amar más a Dios es conociéndole más. Es cierto que alguien puede aprender hechos teológicos de Dios sin llegar a amarlo. Pero, al mismo tiempo, no puedes amar a Dios sin conocerlo. Y para conocer a Dios, tienes que saber cosas *acerca* de él. Si amas a tu esposa, querrás saber cómo es ella, lo que le gusta y lo que odia, su pasado, sus planes para el futuro y mucho más.² Así, los que profesamos amar a Dios deberíamos aprender todo lo que podamos acerca de él.

Este es el motivo por el cual la sana doctrina es una meta importante en la lectura bíblica. La sana doctrina resume y sintetiza la enseñanza bíblica en un todo coherente. Nos dice cómo es Dios, lo que ama y lo que odia, qué ha hecho en el pasado y cuáles son sus planes para el futuro. Dejar que tu conocimiento de Dios sea determinado por uno o dos pasajes aislados sería igual que dejar que una o dos conversaciones aisladas determinaran tu conocimiento de tu esposa.

La sana doctrina también es una barra protectora importante para la lectura de la Biblia. Nos protege de deducir incorrectamente cosas inciertas de Dios. Para poder interpretar la Escritura correctamente, necesitamos poner sobre la mesa lo que ya sabemos acerca de Dios según la Escritura, esto es, la sana doctrina.

Tomando prestada una ilustración de los bolos, la sana doctrina es al mismo tiempo los bolos a los que apunta nuestra lectura bíblica y las barras que nos protegen de caer en las canaletas del error. La sana doctrina nos ayuda a orientar nuestra lectura de la Biblia en la dirección correcta y nos ayuda a seguir rodando en esa dirección. La sana doctrina sirve para leer y para enseñar la Biblia.

¿QUÉ ES LA BIBLIA? UNA HISTORIA QUE PREDICA UN MENSAJE

Para poder desglosar en más detalle cómo la sana doctrina influye en la lectura y la enseñanza de la Biblia, vamos a considerar en primer lugar qué es la Biblia.

¿Es la Biblia un libro mágico que abres al azar para obtener una guía espiritual instantánea? (¿Alguien que quiera jugar a la ruleta bíblica?). ¿Es la Biblia un archivo de tarjetas de Hallmark³ que te ofrece un pensamiento inspirador para cada momento de la vida? ¿Es una colección de recetas para superarnos moralmente? ¿Una antología de mitos inspiradores?

1. *La Biblia es revelación.* Dios mismo se revela a nosotros en su Palabra. Todas y cada una de las palabras de la Escritura están inspiradas por él (2Ti 3:16). Los autores de la Escritura provenían de diferentes culturas y tenían diferentes personalidades, escribieron en géneros diferentes en tiempos diferentes, pero todos ellos fueron inspirados por el Espíritu Santo para hablar “de parte de

Dios” (2P 1:21, LBLA). Todos ellos escribieron las auténticas palabras de Dios.

2. *La Biblia es una historia que predica un mensaje.* Desde el principio hasta el final, la Biblia nos narra una única historia de salvación. Desde la creación, pasando por nuestra caída en el pecado, y hasta la obra salvadora de Jesús en la cruz y la restauración final del gobierno de Dios sobre toda la creación, la Biblia nos relata una misma narrativa épica que abarca de Génesis a Apocalipsis. Nos cuenta la historia de cómo Dios lleva a cabo la salvación de su pueblo a través de su Hijo Jesús.

Sin embargo, no se trata simplemente de una historia, es una historia que ocurrió realmente. Y es la historia en la cual vivimos. Nosotros los cristianos, podemos y debemos posicionar nuestras vidas en la cronología de la historia bíblica: vivimos en el tiempo posterior a la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús al cielo, y después del derramamiento del Espíritu Santo, pero antes del regreso final de Jesús. La historia de la Biblia nos explica de dónde venimos, dónde estamos, quiénes somos y a dónde vamos. Observa cómo la sana doctrina surge de esta historia y es una parte integral de ella.

- Por la creación aprendemos que Dios es poderoso, santo, sabio y bueno (Sal 104).
- Por la caída aprendemos que Dios es perfectamente justo y que su ira arde contra el pecado, pero al

mismo tiempo es misericordioso y paciente con los pecadores (que somos todos nosotros) (Gn 3).

- En la vida de Jesús vemos manifestado perfectamente el carácter santo y misericordioso de Dios (Jn 1:18; 14:9).
- En la muerte de Jesús vemos la justicia y el amor de Dios trabajando juntos para lograr la salvación (Ro 3:21-26; 5:6-11).
- En la resurrección de Jesús vemos la victoria sobre la muerte que Dios promete a todo su pueblo (2Co 4:14).
- En la promesa de Jesús de volver y restaurar el gobierno de Dios sobre toda la creación vemos la fidelidad de Dios, su espléndida generosidad hacia su pueblo, y mucho más (Ap 22:12).

En resumen, la Biblia es una historia que predica un mensaje. Tomando prestada la frase de Michael Horton: “Es un drama que da lugar a un dogma”. Es una narrativa repleta de enseñanza. La sana doctrina proviene de la grandiosa historia bíblica de la salvación.⁴

3. La Biblia es un instrumento en la mano de Dios para llevar a cabo su obra redentora. Cuando leemos la Escritura somos confrontados por la voz del Dios vivo (Heb 4:12-13). La Palabra de Dios es invencible y poderosa; nunca fracasa en conseguir sus propósitos (Is 55:10-11). Estos propósitos incluyen salvar a pecadores y santificar a aquellos que están en Cristo (1P 1:23-25; Jn 17:17; 1Ts

2:13). Por tanto, cuando acudimos a la Escritura deberíamos esperar ser cambiados por ella. Deberíamos esperar que nos empuje a un nivel más profundo en el camino de nuestro peregrinaje. Deberíamos esperar que nos moldee más y más a la imagen de Cristo.

Debido a que la Biblia es una historia que predica un mensaje, necesitamos prestar atención tanto a la historia como al mensaje, aunque nunca deberíamos trazar una línea de separación demasiado marcada entre estas dos cosas. Consideremos una después de la otra.

CÓMO LEER LA BIBLIA COMO UNA ÚNICA HISTORIA

La Escritura relata una historia unificada desde el principio hasta el final, pero ensamblar esa historia no es tan sencillo como leer directamente desde Génesis hasta Apocalipsis (y si no, pregunta a alguien que lo haya intentado y que haya arrojado la toalla al llegar a Levítico). Por esta razón, es importante desarrollar la capacidad de discernir cómo un pasaje de la Biblia encaja en la historia global. Aquí tienes varios pasos que deberían ayudarte a alcanzar esta meta:

1. Lee a través de todo el Antiguo Testamento. Si puedes, lee libros enteros en espacios cortos de tiempo, de una sola vez si es posible. Esto te ayudará a mantener la perspectiva general. Aprende la historia global de Israel desde los patriarcas hasta el regreso del exilio. A medida que lees, presta especial atención a los pactos que Dios

hizo con Noé (Gn 8:20 – 9:17), con Abraham (Gn 12:1-3; 15:1-21), con la nación de Israel (Éx. 19 – 24), con David (2S 7:1-17) y especialmente al nuevo pacto que Dios prometió a través de Jeremías (Jer 31:31-34). Cada pacto añade algo a la revelación de los propósitos de Dios en la creación y en la redención.

2. Lee y vuelve a leer los cuatro Evangelios. Cada uno de los Evangelios presenta una rica descripción teológica de Jesús como el cumplimiento de todas las promesas que Dios hizo en el Antiguo Testamento. Por tanto, presta atención a las conexiones que los autores de los Evangelios hacen entre Jesús y el Antiguo Testamento. No solo eso, fíjate en cómo los Evangelios continúan la historia de los actos salvíficos de Dios del Antiguo Testamento revelando el tema principal de dicha historia: la vida, la muerte y la resurrección de Jesús.

3. Pon especial atención siempre que un autor cite o se refiera a un pasaje del Antiguo Testamento. Jesús mismo enseñó a los apóstoles cómo interpretar correctamente el Antiguo Testamento; a la luz de su muerte y resurrección (Lc 24:27, 44-47). Así que deja que los apóstoles sean tus guías para atar los cabos entre los testamentos.

4. Estudia cuidadosamente aquellos pasajes donde los autores bíblicos mismos conectaron fragmentos de toda la historia de la Biblia. El discurso de Esteban en Hechos 7 es uno de esos pasajes. El sermón de Pablo en Hechos 13:16-41 es otro (aquí el apóstol desvela cómo la

vida, muerte y resurrección de Jesús cumplen “aquella promesa hecha a nuestros padres”, v. 32). En Gálatas 3 – 4, Pablo explica cómo el evangelio cumple la promesa que Dios hizo a Abraham y, al mismo tiempo, pone fin a la era de la ley de Moisés. En Hebreos —especialmente en los capítulos del 8 al 10— el autor explica cómo la muerte de Jesús es un cumplimiento perfecto y definitivo del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento. El resultado es que ahora, a través de la muerte de Cristo, los creyentes tienen perdón de pecados, nuevos corazones y acceso libre a Dios (y el sistema antiguo se ha abolido para siempre). Pasajes como estos, en primer lugar, nos ayudan a entender el Antiguo Testamento. También nos muestran cómo la obra de Cristo cumple, completa y, a veces, deja sin vigencia lo que era anterior en la historia de la salvación.

El objetivo de todo esto es entender la historia de la Biblia como un todo unificado. A veces, los teólogos llaman a este tipo de lectura *teología bíblica*; la teología que traza el desarrollo progresivo de la revelación de Dios en las Escrituras.⁵

Es importante aprender a leer la Escritura de esta forma, para interpretarla y aplicarla correctamente a nuestras vidas. Comprender dónde encaja un pasaje dentro de la historia global nos ayuda enormemente a relacionarlo con el lugar que ocupamos en la historia. Aquí tienes un par de ejemplos:

- Las regulaciones acerca de la pureza en Levítico no son obligatorias para nosotros los cristianos; Cristo las ha cumplido y, por tanto, las ha abolido. Pero aún siguen mostrándonos la santidad de Dios y su mandato de que seamos santos (Lv 19:2).
- La conquista de Canaán por Josué no es ni un modelo de política exterior, ni un ejemplo de barbarismo antiguo. Fue un acto de juicio divinamente ordenado. En este caso concreto, el juicio de Dios del fin de los tiempos sobre el pecado fue traído al presente (Gn 15:16).

Ver la Escritura como una sola historia es una de las lentes más importantes para leerla correctamente, y proporciona algunas de las más grandes recompensas. Nos capacita para escalar los picos de la revelación de la obra salvadora de Dios y así ver la epopeya que se extiende ante nosotros desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura.

CÓMO LEER LA BIBLIA PARA VER SU MENSAJE

Pero la Escritura no es simplemente una historia; es una historia que predica un mensaje. Ese mensaje es la buena noticia de que Jesús murió en la cruz y se levantó del sepulcro para así satisfacer la ira de Dios y traer salvación a todos aquellos que se arrepienten de sus pecados y confían en él. Así como un árbol centenario extiende sus

raíces con gran profundidad y amplitud, el mensaje del evangelio también conecta con prácticamente todos los otros temas que la Biblia aborda.

Por ejemplo, conocer el carácter de Dios es importante para nuestra vida. Cuando parece que tu vida está fuera de control, es importante saber que Dios es absolutamente soberano (Ef 1:11; Ro 8:28; Am 3:6). Cuando estás atravesando una prueba dolorosa, es importante saber que Dios es bueno (Sal 106:1). Cuando estás agobiado por el pecado, es importante saber que Dios es un Dios de gracia, misericordioso, lento para la ira y lleno de amor inmutable, y que él promete perdonar nuestros pecados (Éx 34:6; 1Jn 1:9). Cada faceta de la enseñanza bíblica es pertinente para cómo vivimos, tanto si la enseñanza es acerca del carácter de Dios, las obras de Dios, la naturaleza de la humanidad, el mundo que habitamos, el plan de Dios para el futuro, o cualquier otra cosa. Entonces, ¿cómo puedes leer la Biblia para ver su mensaje?

1. Empieza con la convicción de que la Escritura es la Palabra de Dios. Es la revelación de Dios mismo. Por tanto, la Biblia es nuestra única y suprema autoridad en relación a todo lo que menciona. Debido a que Dios es completamente veraz (Tit 1:2), todo lo que él dice es verdadero y confiable (Sal 12:6). Debido a que las Escrituras son una revelación de la mente de Dios, la enseñanza bíblica es coherente; permanece unida como un todo. Esto significa que, cuando se interpreta apropiadamente, la

Biblia nunca se contradice a sí misma y nunca nos puede inducir al error de ninguna manera. Debido a que la Escritura es la Palabra de Dios, tiene un mensaje coherente, y ese mensaje tiene autoridad sobre nosotros.

2. Lee y vuelve a leer toda la historia, discerniendo con cuidado el significado que se desprende de la propia historia. De la misma manera que deberías leer un libro entero antes de hacer un juicio definitivo acerca de él, asimismo deberías siempre examinar las Escrituras para aprender más acerca de lo que Dios ha revelado de sí mismo. Cuanto mejor entiendas la propia Biblia, mejor entenderás el mensaje que proclama.

3. Deja que la Escritura se interprete a sí misma. La Escritura no se contradice a sí misma, así que deja que las porciones más claras te ayuden a interpretar las menos claras. Cuando encuentres algo confuso, busca otros pasajes de la Biblia que aborden el mismo asunto y mira si puedes empezar a encontrarle sentido.

4. A medida que creces en el conocimiento verdadero de Dios a través de la Escritura, ese conocimiento se convierte en parte de las lentes a través de las cuales continúas leyendo la Biblia. Esto es parte de cómo te vas adentrando constantemente en una lectura de la Biblia más profunda, más enriquecida y más precisa. Por ejemplo, la Biblia declara sin ninguna sombra de duda que Jesús es completamente Dios y completamente hombre (Jn 1:1, 14). Por dicho motivo, si llegas a un pasaje que

parece cuestionar una de estas doctrinas, interpreta ese pasaje a la luz de lo que ya estás plenamente convencido.

5. Traza conexiones continuamente entre las partes y el todo. La Escritura no nos revela doctrinas aisladas; nos revela el auténtico carácter de Dios. Por tanto, medita en cómo los atributos de Dios se complementan mutuamente. Su amor y su justicia, su misericordia y su santidad (estos no se contradicen los unos a los otros, sino que colaboran juntos en armonía).

Puesto que la Biblia representa fielmente la mente de Dios, la enseñanza bíblica puede juntarse en un todo coherente. Podemos resumir lo que la Escritura dice en su conjunto acerca de sus enseñanzas principales; tales como el carácter de Dios, el estado de la creación, la naturaleza y la corrupción del hombre, la obra redentora de Cristo, la vida de la iglesia y la promesa del mundo venidero. Desarrollar estos temas en una progresión ordenada se suele llamar *teología sistemática*. A pesar de que no hay una correspondencia unificada, lo que significa para nosotros la *sana doctrina* en todo este libro tiene mucho que ver con la teología sistemática, al igual que con la teología bíblica. Las abarca a ambas, haciendo énfasis en la primera porque la teología sistemática es una manera de leer la Biblia que resume y sintetiza las enseñanzas de la Escritura, y que las hace pertinentes en nuestras vidas.⁶

6. Medita en cómo la Escritura habla de cualquier asunto relacionado con tu vida, como por ejemplo el

matrimonio, o el dinero, o el trabajo, o la amistad. Cuando leemos la Escritura cuidadosamente y mantenemos la historia completa en mente, podemos sintetizar sus enseñanzas y aplicarlas a situaciones que están más allá de lo que los autores bíblicos experimentaron o visualizaron. Obviamente, ninguna de estas cosas es el tema principal de la Biblia, pero la Escritura habla coherente y poderosamente —y a veces indirectamente— de todo lo relacionado con la vida. “¿Qué significa esto para mí?” no es la primera pregunta que deberíamos plantearnos cuando abrimos la Biblia, pero es una pregunta a la que siempre deberíamos llegar. La teología sistemática nos ayuda a juntar la enseñanza de la Biblia como un todo; lo cual es otro paso crucial para aplicar la Biblia a nuestras vidas. Ver cómo un pasaje cualquiera encaja con otras enseñanzas bíblicas es una parte importante a la hora de aplicar la Biblia correctamente a nuestras vidas diarias.

La Escritura es una historia que predica un mensaje y la meta de leerla y de enseñarla es ser conformado a la imagen de Cristo. Juntar la historia y comprender el mensaje correctamente son las piezas claves de la maquinaria que yace tras la cortina de una vida cristiana piadosa.

LOS BENEFICIOS DE TENER UNA VISIÓN GENERAL

Con todo esto en mente, vamos a pensar un poco más en cómo la sana doctrina beneficia la lectura y la enseñanza de la Biblia.

Un primer beneficio de la sana doctrina es que proporciona una visión general, y esta visión general nos ayuda a entender todos los detalles de la Escritura. Imagina una zona geográficamente pequeña —no más que unos pocos kilómetros cuadrados— que contiene una gran concentración de feroces animales depredadores. Resulta que esta región excepcionalmente poblada está muy cerca del centro de un área metropolitana. No solo eso, sino que los lugareños permiten a sus hijos rondar libremente por dicha zona. ¡Hasta se considera una forma de diversión!

Y si ahora te dijera que esa *zona geográficamente pequeña* es el Parque Zoológico de Louisville —si adivinaste que estaba hablando de un zoo, ponte una medalla— todos estos detalles tendrían sentido de repente y los verías desde un punto de vista muy diferente.

El asunto es que tener el cuadro general delante de nosotros nos ayuda a ver cómo todos los detalles encajan en él. Nos ayuda a alumbrar aquello que de otra manera permanecería oscuro. La sana doctrina nos proporciona el cuadro general: una vista panorámica de quién es Dios, quiénes somos nosotros y cómo Dios salva a todos aquellos que confían en Cristo.

Otro beneficio —relacionado con la visión general— de la sana doctrina es que actúa como un detector de minas. Una dieta equilibrada de sana doctrina puede detectar y desactivar pensamientos nuestros que no son bíblicos y las actitudes que de otra manera serían indetectables.

A causa del pecado, todos tenemos ideas equivocadas acerca de Dios. A veces, esas ideas equivocadas pueden permanecer inadvertidas por años, aun décadas. Pero la enseñanza que presenta “todo el consejo de Dios” (Hch 20:27) revelado en la Escritura nos lleva a enfrentar esos errores. Nos toma de la mano y nos señala los pasajes bíblicos que derriban las apreciadas convicciones que no hemos sacado de la Biblia, sino de nuestra cultura. La sana doctrina pone al descubierto las maneras en las que hemos intentado amoldar a Dios a nuestra propia imagen, en vez de tomar en cuenta su revelación misericordiosa que nos dice cómo son las cosas realmente.

De forma similar, la sana doctrina nos ayuda a detectar nuestros puntos débiles y corregir nuestros desequilibrios. Sea por la cultura, por nuestra disposición, por la tradición eclesial o por otros factores, el caso es que todos nosotros somos propensos a resaltar ciertos aspectos de la enseñanza bíblica hasta el punto de descuidar y aun negar otros. El lastre de la doctrina bíblica permite que el barco permanezca recto. Nos permite entender la enseñanza bíblica en su plenitud y equilibrio, evitando que simplemente nos aferremos a las partes que más nos gustan. Además, un punto de vista global de la sana doctrina nos sensibiliza con las cosas que tendemos a dejar de lado —o simplemente no vemos— cuando estudiamos la Escritura. Nos ayuda a corregir nuestra visión para que podamos ver realmente lo que Dios ha revelado de sí mismo en su Palabra.

No solo eso, sino que la sana doctrina nos ayuda a aplicar la Biblia a nuestras vidas. Nos recuerda que la historia divina de la salvación es la historia en la que estamos viviendo. Nos proporciona una visión clara para ver el mundo como realmente es; como Dios dice que es. Y nos ayuda a aplicar la Biblia de forma práctica. Hemos levantado pequeñas divisiones entre la *religión* y la *vida real* demasiado a menudo. Hemos separado la Biblia de nuestras vidas diarias, como si de alguna manera solo se aplicara a las cosas que hacemos durante una hora el domingo por la mañana. Pero la sana doctrina nos ofrece una forma integral y cohesiva de ver el mundo. Cuando comprendemos esto, la Biblia deja de ser meramente un libro de sabiduría para necesidades religiosas específicas, y se convierte en las lentes a través de las cuales entendemos todo lo que ocurre en nuestras vidas.

Por último, la sana doctrina es una protección contra la falsa enseñanza. No todo el que se llama maestro bíblico enseña realmente la Biblia. Muchos predicadores usan muy mal la Palabra de Dios. La Escritura afirma claramente que los falsos maestros serán siempre una amenaza para la Iglesia (Hch 20:29-31; Ef 4:14). Y la mejor manera de descubrir una falsificación es conocer el artículo genuino como la palma de tu mano.

Tristemente, los falsos maestros siempre conseguirán que alguien les escuche porque dicen lo que queremos oír (2Ti 4:3-4). El mejor antídoto contra el apetito de falsa

enseñanza es una dieta constante de sana doctrina. La mejor manera de prevenir una enfermedad doctrinal es un régimen regular de la medicina preventiva de la teología bíblica.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LEER Y PARA ENSEÑAR LA BIBLIA EN LA IGLESIA

¿Así que cómo debería influir la sana doctrina en la manera de leer y enseñar la Biblia en la iglesia? Aquí tengo cuatro puntos principales, todos ellos dirigidos a pastores, aunque también todo cristiano los debería tener en cuenta.

Primero, el objetivo principal de la reunión semanal de la iglesia es edificar a los creyentes (1Co 14:12, 14, 26). Por tanto, usa ese tiempo para instruir a tu gente en la sana doctrina. La predicación expositiva (la predicación que toma el mensaje principal de un texto bíblico, lo convierte en el mensaje principal del sermón y lo aplica a la vida de la iglesia) debería constituir el grueso de la dieta de la predicación eclesial.⁷ Pero recuerda que tus sermones no deberían dar la impresión de que cada texto existe en el vacío. En lugar de esto —y sin convertir cada sermón en un tratado doctrinal— cada predicación debería ayudar de alguna manera a tu gente a conectar el texto del sermón con el resto de la Escritura. Esto no significa que debas explicar montones de pasajes bíblicos diferentes, pero sí que te exige predicar con el cuadro general en mente. Además, el resto del culto —canciones, oraciones,

etc.— debería estar repleto de sana doctrina. Veremos en más detalle los otros elementos de la adoración colectiva en los capítulos 3 y 6.

Segundo, trata el sermón matinal del domingo como el plato principal que es y no como un mero aperitivo para atraer a la gente hacia todo lo demás que la iglesia ofrece. En otras palabras, no pongas a tu congregación en una dieta baja en doctrina. La Biblia es un libro de carne consistente y, para poder crecer, los cristianos necesitan muchas calorías dignas de sana doctrina. Así que haz que tus sermones sean lo suficientemente ricos en doctrina para que satisfagan el apetito de un cristiano en crecimiento.

Tercero, si la sana doctrina sirve para la vida, entonces la teología sirve para la aplicación. Algunos predicadores enseñan toneladas de teología con poca aplicación. Hay peores maneras de predicar, pero aun así es fácil ver que esto lleva a los cristianos a tener mucho conocimiento pero poca práctica, o abundancia de precisión doctrinal pero escasez de amor. No obstante, en la predicación evangélica actual es mucho más común encontrar toneladas de aplicación con poca o ninguna teología. En algunos sentidos, esto es muchísimo peor. Si tu predicación es toda aplicación sin teología, básicamente no estás predicando el evangelio. Por tanto, basa tu aplicación en el texto y en la teología que surge del texto. Muestra a tu gente cómo los indicativos del evangelio llevan directamente a los imperativos de la vida cristiana. Incorpora a tus sermones la

gloriosa verdad de que la vida cristiana es una respuesta a lo que Dios ya ha hecho por nosotros en Cristo.

En último lugar, alimenta a tu iglesia con una dieta constante de sana doctrina en los estudios bíblicos y en otros contextos de enseñanza. Usa las oportunidades fuera de la reunión dominical para profundizar más en asuntos doctrinales específicos que quizás no puedas desarrollar en un sermón.

Como cristianos, crecemos aplicando la verdad a la vida. Así que, cultiva en tu gente un deseo por la buena teología. Dale una dieta regular de ella y espera pacientemente a que su apetito se manifieste.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA PRACTICAR LA TEOLOGÍA EN COMUNIDAD

Finalmente, ¿cómo debería aplicarse todo esto en el discipulado personal de los cristianos con Cristo?

Primero, debes darte cuenta de que la enseñanza en tu iglesia es el medio principal que Dios usa para que tu conocimiento de él crezca. Esto no quiere decir que el estudio personal no es importante. Pero sí quiere decir que la enseñanza colectiva de la iglesia es lo más importante.

Puede que estés leyendo Jonás en tus devocionales y sacando gran provecho de él. La lectura personal de la Biblia es importante y no le quiero quitar ninguna importancia en absoluto. Pero si tu pastor está predicando en Lucas, hay docenas —o aun cientos— de personas en tu iglesia

que están siendo expuestas a Lucas cada semana. ¿Por qué no lo aprovechas? Prepara los sermones meditando en el texto con antelación. Utiliza la enseñanza compartida que estáis recibiendo para iniciar conversaciones durante la semana con otros miembros de la iglesia. Practica la teología en comunidad explorando con otros miembros de la iglesia las repercusiones teológicas y prácticas de los sermones, y poniendo juntos en práctica la verdad.

No veas el sermón solo como un evento semanal aislado. Más bien, considéralo como una fuente que hace fluir un arroyo de verdad bíblica dentro de la vida de la iglesia. Este arroyo puede encauzarse en cientos de canales que lleven alimento bíblico y doctrinal a donde se necesita (y parte de esta labor de canalización debería llevarse a cabo por todos y cada uno de los miembros de la iglesia).

La sana doctrina sirve para leer y para enseñar la Biblia en la iglesia. Permite entonces que la enseñanza de tu iglesia dirija tu crecimiento como teólogo y como cristiano. Toma tus esfuerzos para hacer crecer y disciplinar a otros y enchúfalos al motor que impulsa a toda la iglesia: la enseñanza y la predicación de la Palabra.

EL OBJETIVO DE LA LECTURA Y LA ENSEÑANZA IMPULSADAS POR LA SANA DOCTRINA: LA IMPROVISACIÓN MAGISTRAL

La sana doctrina nos ayuda a leer y a enseñar la Biblia sabiamente. Cuando aprendemos a trazar la historia de la

salvación y a entender el mensaje de la Escritura como un todo, obtenemos la maquinaria esencial para progresar en la vida cristiana. Conocer bien la Biblia es necesario para el crecimiento cristiano y la sana doctrina constituye el punto de partida, el mecanismo de protección y el objetivo final de leer la Escritura correctamente.

Por supuesto, la meta en todo esto no es el mero conocimiento, sino el crecimiento en piedad. El propósito de depurar nuestra técnica como teólogos es que seamos capaces de improvisar magistralmente en el escenario real de la vida cristiana. La finalidad de la teología no es buscar conocimiento de hechos, sino comunión con Dios y el fruto de vidas piadosas e iglesias sanas.

En los capítulos restantes vamos a examinar los frutos que la sana doctrina produce en la vida de la iglesia. El primero que veremos es uno que en cierto sentido abarca a todos los demás: la santidad.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA SANTIDAD

John MacArthur puede ser un predicador apasionante. Esto no se debe a que sea un experto narrador de historias o a que te lleve por una montaña rusa emocional. En realidad, su estilo es sencillo, hasta un poco monótono.

La primera vez que escuché a MacArthur predicar pensé que era bastante aburrido. Fue un Domingo de Resurrección, durante mi primer año de facultad, cuando visité *Grace Community Church* en Sun Valley (California), donde él pastorea. Estaba predicando en 1 Corintios 15 acerca de cómo sabemos que Jesús fue resucitado. El sermón estaba lleno de argumentos. Citó un montón de pasajes bíblicos. Parecía que nunca se acabaría.

Mirando retrospectivamente, puede que no fuera el sermón más apasionante que haya predicado, pero ese no es el motivo por el que pensé que era aburrido. La razón principal fue que yo no tenía mucho apetito por la doctrina. Durante los dos años anteriores, mi conocimiento de la Escritura había crecido, pero la mayor parte de lo que MacArthur decía todavía pasaba por encima de mi cabeza.

Aun así, estaba intrigado por el profundo conocimiento que tenía MacArthur de la Biblia y por la seguridad de sus convicciones. La gente que conocí en su iglesia también me impresionó. Parecían conocer bien la Biblia y vivir su fe más consistentemente que yo. Lo podías ver en su forma de hablar, como se trataban los unos a los otros y como se comprometían personalmente con la iglesia.

Yo había ido a la Universidad del Sur de California en el centro de Los Ángeles para estudiar jazz con saxofón (sí, puedes especializarte en eso en la facultad, por lo menos en California). Durante la primera semana de clase conocí a un batería llamado Jon. Él vino a mi apartamento para llevarse prestado el CD de Joe Henderson titulado *Page One* (un gran álbum, por cierto). Cuando Jon vio la *Teología Sistemática* de Wayne Grudem colocada en mi estantería (un regalo reciente de un pastor que me había discipulado antes de irme a la facultad), simpatizamos al instante. Éramos unos de los pocos cristianos en nuestro programa de estudios, así que nos mantuvimos unidos de forma natural. Pero él era mucho más piadoso que yo y terminó discipulándome sin ni siquiera proponérselo. Jon simplemente fue él mismo, y eso expuso mi pecado y me enseñó lo que era la fidelidad. Y de paso, continuó invitándome a su iglesia.

Por todo ello, cuando me trasladé a Los Ángeles para mi segundo año de estudios me planteé seriamente asistir a *Grace Community Church*. Lo que ocurrió el primer

domingo que regresé convirtió en obvia la decisión de unirme a la iglesia.

EL HOMBRE DE LA CALVA BRILLANTE CON EL BISTURÍ

Aquel domingo de finales de agosto, C. J. Mahaney (entonces pastor de *Covenant Life Church*) estaba sustituyendo al pastor MacArthur. En el culto de la mañana predicó sobre Santiago 4:1-2. Yo estaba sentado casi al final de la sala de adoración de la iglesia —con capacidad para 3500 personas— pero el sermón fue tan absorbente que apenas noté la distancia de un campo de fútbol que me separaba del predicador o las miles de personas que había en la sala. Mi principal recuerdo visual del sermón es la cabeza calva de Mahaney brillando en la plataforma mientras se paseaba de un lado a otro. Pero lo más importante fue lo que oí.

Santiago 4:1-2 dice: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís”. C. J. sencillamente recorrió el pasaje, ilustrando generosamente la enseñanza de Santiago con ejemplos negativos tomados de su propia vida. Su bosquejo fue algo parecido a esto:

- Los conflictos en las relaciones son más graves de lo que piensas.

- Los conflictos en las relaciones son más sencillos de lo que piensas.
- Los conflictos en las relaciones son peores de lo que piensas.
- Y resolver los conflictos en las relaciones es más fácil de lo que piensas.

El centro del mensaje fue que las pasiones producen conflictos. Los conflictos ocurren cuando nuestros deseos pecaminosos nos llevan a usar a otras personas para obtener lo que queremos, en vez de servirles con amor. La solución es el evangelio de Jesucristo. En lugar de culpar a las circunstancias o a otras personas, lo que necesitamos es arrepentirnos, confesar nuestros pecados a Dios, pedir a los que hemos ofendido que nos perdonen y recordarnos a nosotros mismos quién es Jesús y qué ha hecho por nosotros a través de su muerte y su resurrección.

Este insípido resumen no hace justicia al sermón, pero esta era la idea principal y nunca había escuchado nada parecido. El mensaje penetró limpiamente en el corazón de algunos asuntos que había en mi vida. Fue como un bisturí que cortó todas mis defensas y empezó a hacerme una operación a corazón abierto.

ABRIENDO LAS PUERTAS Y ENCENDIENDO LAS LUCES

Había sido cristiano por varios años cuando escuché este sermón, pero mi crecimiento en Cristo había sido lento

e irregular. Había tenido una relación sentimental que no había sido de provecho para mi discipulado. El verano anterior —al inicio del curso— mi novia rompió conmigo porque estaba harta de que yo actuara como un tonto egoísta. Su evaluación era justa, aunque yo no lo quise admitir en ese momento.

Pero entonces, justo en el medio de aquel sermón, lo tuve que admitir. Ya no podía encogerme de hombros y no hacer caso. De repente, pude ver bajo una nueva luz cientos de “pequeños” conflictos en esa relación y en muchas otras. Era como si docenas de pecados pasados de mi vida hubieran sido encerrados en un corredor lleno de habitaciones oscuras y ahora alguien estuviera corriendo por ese pasillo, abriendo todas las puertas y encendiendo las luces.

Ese sermón me cambió. Me dio un nuevo y completo juego de ojos para ver mi vida. Echó por tierra todo tipo de excusas y razonamientos. Desinfló mi opinión de mí mismo. Reveló el camino a un crecimiento más profundo y consistente como cristiano.

Como dije antes, ese sermón hizo que unirme a *Grace Church* fuera obvio. Pensé: “Si este es el tipo de hombre que traen como predicador invitado, mejor me quedo por aquí para participar en las reuniones regulares”. Así que me uní a la iglesia unos pocos meses más tarde y me involucré al máximo. Y Dios usó la predicación, la enseñanza y el discipulado de pastores y amigos como Jon para transformar mi vida de arriba abajo.

¿QUÉ OCURRIÓ?

¿Qué me ocurrió durante ese sermón? Te lo voy a decir en pocas palabras: Dios usó la sana doctrina para producir santidad. No me hizo perfecto instantáneamente (¡ojalá!), pero la sana doctrina de aquel sermón produjo un cambio verdadero en mi mente y en mi corazón.

Santiago 4:1-2 me dio un análisis doctrinal de conflictos interpersonales. No usó palabras teológicas refinadas, pero me dio una doctrina del hombre, una doctrina del pecado y una doctrina de la santificación.

¿Por qué ocurren los conflictos? Porque, en el fondo, los conflictos provienen de deseos pecaminosos y no de personalidades incompatibles ni de circunstancias adversas. ¿Y cuál es la solución? El arrepentimiento y la fe. Fui capaz de pasar por alto las críticas porque no me estaba viendo a mí mismo a través del prisma bíblico. Pero Mahaney me entregó una lente doctrinal y, por la gracia de Dios y por la capacitación del Espíritu Santo, fui capaz de verme a mí mismo bajo una nueva luz, más fea y más precisa. Y eso fue lo que trajo el cambio verdadero.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA SANTIDAD

Para poder crecer en santidad, es crucial que entiendas la doctrina bíblica del pecado y veas tu vida a través de esta lente. Si no sabes cuál es tu problema, no sabrás qué hacer al respecto. Cada doctrina bíblica —abrazada por la mente y aplicada al corazón— nos con- forma al

carácter y a la voluntad de Dios. La sana doctrina nos lleva a entregarnos más completamente a Dios en nuestros pensamientos, deseos, actitudes, palabras y acciones (y esto es lo que la Biblia llama *santidad*).

Esta santidad toma miles de formas específicas en nuestras vidas. Por ejemplo, el sermón de Mahaney me ayudó a ser más santo en mi forma de hablar y en cómo me relacionaba con otros, especialmente si tenía que manejar un conflicto.

La sana doctrina es un medio principal a través del cual los cristianos crecen en santidad, y la santidad es la meta de la sana doctrina. Como vimos en el capítulo 1, la sana doctrina es un resumen de la enseñanza bíblica que es tanto fiel a la Biblia como útil para la vida. Tal y como Pablo le dice a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2Ti 3:16-17). ¿Te has dado cuenta? Toda la Escritura es útil para instruir en justicia. Ser instruidos en justicia es exactamente lo que necesitamos. Sin duda alguna es lo que yo necesito. Y si entiendes la doctrina bíblica del pecado, sabrás que tú también lo necesitas.

Como cristianos, se nos han dado unas naturalezas nuevas dirigidas por el Espíritu Santo, pero el pecado aún mora en nosotros (Ro 7:17), nos ciega, nos seduce a hacer el mal y corrompe nuestros deseos. Aún nos tienta a adorarnos a

nosotros mismos en vez de a Dios. Por eso necesitamos las potentes luces de la doctrina bíblica para alumbrar nuestro camino y no caer en la cuneta. Necesitamos el sol de una cosmovisión bíblica para eliminar la niebla del pecado que se pega a nuestras mentes y corazones.

Jesús mismo nos enseña que la sana doctrina sirve para la santidad. En Juan 17, sabiendo que su muerte y resurrección estaban cercanas, Jesús ora por sus discípulos:

Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. (Jn 17:13-19).

En el versículo 17, Jesús pide al Padre que nos santifique en la verdad; la verdad de su Palabra. Santificar a una persona significa separarla del pecado y entregarla completamente a la voluntad de Dios. Por eso Jesús vivió una vida perfectamente obediente y sufrió en la cruz como nuestro sustituto, con la meta de que seríamos

santificados en la verdad; hechos santos por la Palabra de Dios (v. 19). Él se entregó a sí mismo completamente a Dios para que nosotros pudiéramos entregarnos completamente a Dios. Y el instrumento que Dios usa para que esta devoción total ocurra es su Palabra.

Pablo también nos dice que la sana doctrina es lo que nos enseña a vivir correctamente. Así se lo dijo a Timoteo:

Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente; conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina, según el glorioso evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado (1Ti 1:8-11).

¿Te has dado cuenta de lo que Pablo dice al final del pasaje? Dice que todas esas acciones impías se oponen “a la sana doctrina”. El apóstol considera que una vida piadosa es una implicación directa —hasta una exigencia— de la sana doctrina.

La sana doctrina no son datos abstractos. No son ideas flotando por ahí en el espacio. No es un simple hecho, como lo es que ahora mismo estoy escuchando el álbum

de Hill Evans *You Must Believe in Spring* (Tienes que creer en la primavera); otro buen álbum. No, la sana doctrina va unida a un programa práctico, a un plan para una nueva vida. La sana doctrina exige una vida sólida.

Si decimos que creemos en la sana doctrina pero no amamos a Dios ni a nuestro prójimo, entonces hay algo que está mal (lo más seguro es que hay una desconexión entre la cabeza y el corazón). Lamentablemente, para nosotros es muy común dejar que el conocimiento de Dios solo permanezca en nuestras cabezas, en vez de penetrar en nuestros corazones. Cuando descuidamos el impacto de la doctrina en nuestros corazones —nuestras emociones, deseos, afectos, esperanzas, anhelos, miedos— estamos olvidando *para qué* sirve la doctrina. Necesitamos sembrar la doctrina profundamente en nuestro corazón para que el fruto de ser conformados a la imagen de Cristo pueda crecer en nuestras vidas e iglesias para la gloria de Dios.

De hecho, esa es exactamente la oración de Pablo en Filipenses:

Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo cono cimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irrepreensibles para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios. (Fil 1:9-11).

Pablo pide que podamos crecer en ciencia y en conocimiento; que estemos de acuerdo con lo mejor, que lo aprobemos y que lo deseemos. Desde luego, esto abarca más cosas que la sana doctrina, pero abrazar la sana doctrina es el inicio del discernimiento.

¿Con qué propósito hizo el apóstol esta oración? Para que pudiéramos vivir vidas santas y así dar gloria a Dios. Pablo quiere que abracemos la sana doctrina para que así nuestras vidas e iglesias puedan llenarse de frutos de justicia, con el fin de que Dios sea alabado. La sana doctrina sirve para la santidad.

DOCTRINAS QUE PRODUCEN SANTIDAD

En este capítulo, he explicado cómo la doctrina bíblica del pecado me ayudó a crecer en santidad. Como hemos visto, toda la Escritura es provechosa para instruir en justicia. Esto significa que todas las doctrinas bíblicas cooperan para conformarnos a la imagen de Cristo.

Medita en la doctrina de Dios. La santidad de Dios, su justicia, su omnipresencia y su soberanía sobre todas las cosas establecen infinitas implicaciones respecto a cómo deberían ser nuestras vidas. Piensa también en la paciencia de Dios, su compasión y su misericordia. Estos aspectos acerca de quién es Dios también deberían estimularnos hacia la santidad; la cual es definida por el carácter de Dios. ¿Cómo sabemos lo que significa ser santo? Mirando a Dios. Escucha lo que Pedro dice:

Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación. (1P 1:14-17)

Porque Dios es santo, debemos ser santos en todo lo que hacemos. Esto quiere decir que debemos dejar atrás todas las pasiones y los deseos que no corresponden con nuestro conocimiento de Dios (v. 14). Además, ya que Dios juzga a todo el mundo con imparcialidad, debemos vivir ante él en reverente temor durante toda nuestra vida (v. 17). Dios es nuestro Padre, pero también es el juez de la humanidad. Por ello, debemos vivir a la luz de su justicia absoluta. Y la justicia de Dios define lo que significa para nosotros vivir correctamente. A medida que le miramos, aprendemos cómo vivir. A medida que aprendemos más acerca de su carácter, obtenemos un patrón para el nuestro.

Considera la promesa de Dios de establecer perfectamente su Reino cuando Cristo vuelva, lo que llamamos la doctrina de la *escatología* (o las últimas cosas). Esto es lo que el apóstol Juan dice acerca de esa firme esperanza:

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. (1Jn 3:2-3).

En el día final, seremos como Cristo. Seremos perfectamente santos, perfectamente conformados al carácter de Dios, tal y como él es. Por tanto —dice Juan— todo aquel que tiene esta esperanza se purifica a sí mismo. Porque seremos como Cristo en el día final, debemos ser como él ahora y esforzamos grandemente para llegar a esa meta.

Estos dos pasajes hacen una conexión directa entre la sana doctrina y vivir vidas santas, y hay incontables ejemplos que podríamos extraer de las Escrituras de este tipo de conexiones. Toda la Escritura es útil para conformarnos al carácter de Cristo. Cada doctrina bíblica —propiamente entendida y aplicada— nos ayuda a traer nuestras mentes, corazones y voluntades más cerca de Cristo.

CÓMO CRECEN ESTOS FRUTOS

La sana doctrina produce santidad no solo en nuestras vidas como individuos, sino también en la vida colectiva de la iglesia. ¿Cómo? Aquí tienes un esquema de cómo la sana doctrina ayuda al crecimiento de los frutos de

justicia a través de cuatro aspectos diferentes de la vida colectiva de la iglesia:

1. La predicación y la enseñanza

Como vimos en el capítulo 2, la predicación y la enseñanza de una iglesia deberían estar colmadas de sana doctrina. La doctrina debería ser la base que sostiene toda la estructura de la enseñanza de la iglesia (no siempre visible, pero siempre dando forma al conjunto). Y a veces, debería ocupar el centro del escenario.

Cuando los pastores y otros líderes predicán y enseñan la sana doctrina, nuestras mentes son conformadas gradualmente a la mente de Cristo. Semana a semana, día tras día, arrancamos mentiras y plantamos verdades. A medida que esas verdades echan raíces en nuestros corazones, transforman nuestros deseos, afectos y acciones. De la misma forma que una dieta sana crea un cuerpo sano, así una dieta de sana doctrina en la predicación produce santidad en los miembros de una iglesia.

2. Los cánticos

Tal y como consideraremos en el capítulo 6, la sana doctrina es el combustible de la adoración. Esto significa que las canciones que cantamos cuando nos reunimos como iglesia deberían estar llenas de sana doctrina. Cantar ofrece a la iglesia la posibilidad de gozarse al unísono en las verdades de quién es Dios. Da la oportunidad de

celebrar todos juntos lo que Dios ha hecho en la salvación. En todo esto, cantar nos ayuda a mover la doctrina desde la cabeza hasta el corazón, y a encender nuestros corazones.

Cuando cantamos a Dios verdades acerca de Dios, nuestras emociones se hacen santas. Demasiado a menudo, nos regocijamos en las cosas equivocadas, celebramos las cosas erróneas y nos deleitamos en las cosas incorrectas. Cantar la sana doctrina nos ayuda a regocijarnos, a celebrar, y a deleitarnos en el Dios trino. Y esto ayuda a que todo nuestro carácter sea más conformado al de Cristo.

Esto no es simplemente una experiencia individual, sino más bien colectiva. Como Pablo exhortó en Romanos: “Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ro 15:56). Pablo encargó a los romanos buscar la unidad para ofrecer a Dios una adoración unida y armoniosa. Pero al mismo tiempo, es cierto que adorar a Dios nos une. Cuando glorificamos a Dios al unísono, nuestros corazones se unen en santidad. Cuando alabamos a Dios cantando como iglesia llegamos a ser más como Cristo.

3. La oración

Lo que pedimos a Dios revela los deseos de nuestros corazones. Revela quiénes somos. Por esta razón deberíamos orar con sana doctrina individual y colectivamente.

¿Te has fijado alguna vez cómo las oraciones en la Biblia están llenas de sana doctrina? Piensa en las oraciones de confesión en Nehemías 9 y Daniel 9. O considera cuánta doctrina refuerza el Padre Nuestro (Mt 6:9-13). Comienza afirmando la gloria de Dios (*santificado sea tu nombre*). Pide que se cumplan sus promesas y que todas las cosas sean hechas según su voluntad (*Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*). Y descansa en la soberanía y la provisión de Dios (*El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy*). Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar, les mostró cómo poner la doctrina en acción.

Nuestras iglesias también deberían usar la sana doctrina para alabar a Dios por quien es, para agradecerle por lo que ha hecho, para confesar nuestros pecados y para pedirle cosas que sabemos que le agradan. Cuando las oraciones de nuestras iglesias se llenan cada vez más de la sana doctrina, se hacen más santas (y también nosotros).

4. *Ser modelos*

Otro camino por el que la sana doctrina debería producir santidad en la iglesia es mediante los modelos. Y no me refiero a hacer una pose y tomar fotos. Me refiero a la enseñanza bíblica de que todos los cristianos deberían aprender de otros y al mismo tiempo servir como ejemplos piadosos.

Por todo el Nuevo Testamento Dios nos exhorta que imitemos a los que son piadosos. Hebreos nos dice: “Acordaos

de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe” (Heb 13:7). Y Pablo escribe: “Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros” (Fil 3:17).

Como cristianos, deberíamos imitar a aquellos que son firmes en su fe y testimonio, y deberíamos esforzarnos en convertirnos en tales ejemplos para otros. Esta es una de las cosas más importantes que me ayudó a crecer como cristiano durante mi estancia en *Grace Church* y continúa siéndolo en la actualidad.

La sana doctrina es indispensable para esto porque es el combustible de la santidad. Cuando imitamos a otros o invitamos a otros a que nos imiten, no estamos meramente jugando a copiarnos (lo que el mono ve, el mono hace). No estamos simplemente copiando comportamientos específicos. Más bien, estamos recibiendo y transmitiendo una respuesta adecuada a la sana doctrina. ¿Cómo puedes gozarte en medio de las dificultades económicas? Apreciando las riquezas que tenemos en Cristo y cómo éstas serán reveladas en el tiempo postrero (1P 1:4-5). ¿Cómo puedes confiar en el Señor cuando estás en una prueba dura? Descansando completamente en la bondad de Dios y en su soberanía (Job 1:21).

La sana doctrina es el guión para una vida santa. Un ejemplo piadoso es alguien que puede decir: “Vivo de esta manera porque es lo que dice la Palabra de Dios. ¡Mira,

ven, echa un vistazo por ti mismo!”. Esa persona te puede enseñar cómo vivir de acuerdo con este guión porque lo practica cada día. Un ejemplo piadoso es alguien que te puede enseñar los complicados pasos de baile de la vida cristiana porque se sabe la música de memoria.

En todos estos aspectos de la vida de la iglesia, la sana doctrina es el combustible del crecimiento espiritual. Por tanto, inyectemos ese combustible en nuestras iglesias y en nuestras vidas diarias para que seamos motores de crecimiento en santidad.

EL PODER Y LA PASIÓN DE LA SANA DOCTRINA

Puede que me haya aburrido la primera vez que lo escuché pero, como dije, John MacArthur puede ser un predicador apasionante. ¿Por qué? Por la misma razón por la que cualquier pastor que predica fielmente la Biblia es un predicador apasionante: la Palabra de Dios es poderosa para transformar pecadores y conformarnos a la imagen de Cristo. La sana doctrina tiene poder; el poder de hacernos santos. Cuando escuchamos con atención lo que la Palabra de Dios dice acerca de nosotros mismos, de Dios, de la salvación y de muchas otras cosas, nos conectamos a una fuente de poder que es infinitamente mayor que todas las redes eléctricas que mantienen a las ciudades brillando.

Ese poder cambió mi perspectiva de *Grace Community Church*, de aburrida a apasionante. Ese poder produjo en mi vida una reacción en cadena que aún sigue ardiendo

hoy. Ese poder puede transformar el carácter de iglesias enteras. Y ese poder dirigirá todo nuestro crecimiento en santidad hasta que seamos hechos perfectamente puros, tal y como él es.

La sana doctrina sirve para la santidad.



LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA EL AMOR

Navegar es una de las actividades más encantadoras que puedo imaginar. Rara vez puedo practicarla, pero cuando lo hago, es como entrar en otro mundo.

Una de las mejores cosas acerca de la navegación es la calma. No hay motor, solo el chapoteo y el silbido constante del casco cortando las olas y alguna sacudida ocasional de la vela cuando el viento cambia de dirección. Esta calma es la tranquilidad lograda por una embarcación perfectamente preparada para abrazar la fuerza de la naturaleza para la que fue creada. Es el elocuente silencio de una naturaleza perfectamente convertida en una maravilla: un viaje por el mar.

Por descontado, un barco de vela no genera su propio movimiento. El tamaño y el ángulo de las velas, el diseño del casco y la forma de la quilla bajo la embarcación trabajan juntos para permitir que el velero transforme el viento en movimiento.

Esto significa que tienes que prestar atención al viento constantemente. Si deja de soplar, alzas un foque para

atrapar algo más de aire. Si éste viene fuerte, puede que necesites quitar alguna vela para no tener demasiada potencia. Si el viento muere, te quedas atascado.

Navegar te hace depender completamente del viento. No puedes ir a ninguna parte sin él. Todo tu movimiento es una respuesta al empuje del viento. No puedes simplemente saltar dentro, girar la llave y salir zumbando. Algo mucho más grande y mucho más fuerte que tu pequeño barco tiene que llenar las velas y empujarte para avanzar.

AMOR, VIENTO, VELEROS Y SANA DOCTRINA

La gente en la actualidad a menudo piensa que el amor es como el viento. Sopla como quiere. No lo puedes controlar. No puedes *hacer* nada al respecto. Si estás enamorado de tu esposa, ¡fantástico! Pero si te despiertas una mañana *sin amor*, no te detengas y pide el divorcio.

También es bueno si amas a los vecinos de al lado. Pero si ellos y su perro de ladridos estridentes te fastidian sin parar, entonces no puedes hacer nada para solucionarlo. No te puedes obligar a amarlos.

En resumen, pensamos en el amor como si fuera una musa caprichosa. Si la musa nos toca, estamos inspirados. Si no, permanecemos impasibles.

Pero el amor en la Biblia es una cosa muy diferente. Para empezar, el amor puede ser exigido. La Biblia nos ordena amar a Dios una y otra vez (Dt 6:4-6), a nuestro prójimo (Lv 19:18), a nuestros hermanos cristianos (1P 4:8; Jn

13:34-35), e incluso a nuestros enemigos (Ro 12:19-21). Es cierto que el amor puede enfriarse (Mt 24:12) y que podemos perder el primer amor (Ap 2:4). Pero la Escritura nos manda amarnos los unos a los otros con genuinidad, con afecto y con fervor (Ro 12:9-10; 1P 1:22), y amar a Dios con todas nuestras fuerzas (Dt 6:4-6; Mt 22:37-39). El amor no es un dictador caprichoso que nos convoca y nos despide a su antojo, sino algo que puede ser mandado y conseguido, algo que hasta podemos estimular en otros (Heb 10:24).

No solo eso, nuestro amor es una respuesta al amor de Dios: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1Jn 4:19). El amor de Dios en Cristo es lo que nos capacita para amar a los demás. Nos atrae y nos lleva a amar a los demás. Nos muestra cómo debe ser el amor.

Dicho de otra manera, nuestro amor no es como el viento. Tampoco es algo que aceleramos como una lancha de carreras. Más bien, el amor es como un barco de vela empujado por el viento del amor de Dios. Nuestro amor — por Dios y por cualquier otra persona— depende siempre de que Dios nos amó primero. Es una respuesta a su amor.

Esta es una de las razones más importantes por las que la sana doctrina sirve para el amor.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA EL AMOR

En nuestros días, muchos ven como enemigos la doctrina y el amor o, en el mejor de los casos, los ven como rivales. Se escuchan ecos de Burt Bacharach¹ y de los Beatles aun

en las iglesias evangélicas: “What the world needs now is love, and love is all we need” (“Lo que el mundo necesita ahora es amor, y amor es todo lo que necesitamos”). Algunos dicen que la doctrina estorba. Que infla el orgullo de la gente. Que hincha la cabeza a expensas del corazón. Pero la Escritura dice todo lo contrario.

Considera la pequeña e ignorada carta que llamamos 2 Juan. De hecho, no solo la consideres; ve y léela. Toda entera. Si eres un lector lento, te tomará un par de minutos. Está justo al final de la Biblia, unas pocas páginas antes de Apocalipsis. Adelante. Te esperaré aquí mismo.

Bien, ¿ya estás de vuelta?

¿Has visto todo lo que el apóstol Juan dice del amor y la verdad? Dirige su carta “a la señora elegida y a sus hijos” (2Jn 1); lo cual es probablemente una manera de referirse a una iglesia local (mira como se parece a la expresión del v. 13). Juan ama a esta iglesia “en la verdad”, como hacen todos los que conocen la verdad (v. 1). ¿Por qué Juan y sus compañeros creyentes aman a estos otros cristianos? Respuesta: “A causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros” (v. 2).

Juan y sus hermanos cristianos aman a esta iglesia *en la verdad y por la verdad*. La verdad es la base de nuestro amor los unos por los otros. Une nuestros corazones en uno solo. Comentando estos versículos, John Stott observa: “Si somos cristianos, hemos de amar a nuestros prójimos y aun a nuestros enemigos; pero a nuestros hermanos

cristianos estamos ligados por el vínculo especial de la verdad. La verdad es la base del recíproco amor cristiano”.²

El apóstol continúa y dice que se regocija mucho de escuchar de aquellos en la iglesia que estaban andando en la verdad (2Jn 4). Entonces pide a sus lectores que guarden el mandamiento que han tenido desde el principio; el cual es amarse unos a otros (v. 5). Este amor consiste en caminar según los mandamientos de Dios; lo que hemos escuchado desde el principio (v. 6).

Entonces, del versículo 7 al 11, Juan revela la pesada carga que le indujo a escribir: “Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne” (v. 7). Y por eso, ellos deberían tener cuidado con estos falsos maestros (v. 8). Creer en un falso evangelio significa no tener a Dios, pero permanecer en la verdad es tener al Padre y al Hijo (v. 9). Ni siquiera deberían ofrecer hospitalidad a un falso maestro porque cualquiera que lo haga “participa en sus malas obras” (vv. 10-11).

¿Por qué Juan habla acerca de andar en amor y, al instante siguiente, habla de la falsa enseñanza? ¿Acaso está mezclando dos asuntos totalmente desconectados?

¡En absoluto! Juan quiere que estos cristianos estén unidos en un amor que emana de la verdad. Por tanto, no deben permitir que entre la falsa enseñanza en su congregación y corte despiadadamente las raíces de su amor.

La segunda epístola de Juan nos enseña que la sana doctrina en la iglesia es la base de nuestro amor los unos

por los otros. Es el cimiento de nuestro amor. Nos lleva al amor. Es la razón para nuestro vínculo especial como cristianos. Dicho de otra manera, el amor es la meta de la sana doctrina. Si no nos amamos los unos a los otros, entonces no hemos sido correctamente cautivados por la verdad.

La sana doctrina sirve para el amor.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA EL AMOR (TODA CLASE DE AMOR)

La sana doctrina no es simplemente la base de nuestro amor por los hermanos; es la base de *todo* nuestro amor. Recuerda, la sana doctrina es un resumen de la enseñanza bíblica que es tanto fiel a la Biblia como útil para la vida. Considera unos cuantos ejemplos de cómo diferentes doctrinas nos enseñan a amar.

1. La doctrina de Dios nos lleva a amar a Dios. Cuanto mejor lo conozcamos, más le amaremos. Conocer mejor a Dios significa adentrarse más y más en la insondables profundidades de su amor, y esas profundidades producen nuestro amor como respuesta (Ef 3:17-19).

2. La doctrina del hombre nos guía a amar a nuestro prójimo. Puesto que cada ser humano está hecho a imagen de Dios, cada ser humano es digno de nuestro amor (Stg 3:9). La doctrina del hombre nos enseña a amar a otros (a todos los otros). También deberíamos mostrar un amor especial a aquellos que necesitan provisión y protección, porque Dios lo hace. Él “hace justicia al huérfano

y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido” (Dt 10:18).

3. La doctrina de la providencia nos enseña a amar a nuestros enemigos. Jesús señala que Dios hace salir el sol “sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt 5:43-48). ¿Qué lección aprendemos aquí? Que nosotros también debemos amar a nuestros enemigos (vv. 44-45).

4. La doctrina de la redención enseña a los maridos a amar a sus esposas. Pablo escribe: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef 5:25-26). El amor de Cristo mostrado en el evangelio provee el ejemplo —y la razón— del amor de un marido por su mujer.

5. La doctrina del amor de Dios capacita a toda la familia de Dios a amar a sus hermanos. Juan escribe: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1Jn 4:10-11; ver Jn 13:34-35). También Pablo nos dice a todos nosotros que andemos “en amor” mutuo, “como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5:2). Cuanto más aprendamos acerca de cómo Dios nos

ha amado en Cristo, mejor sabremos cómo amarnos los unos a los otros y más desearemos hacerlo.

La sana doctrina coloca ante nuestros ojos la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor de Cristo (Ef 3:18). Nos insta a maravillarnos en él, a alabar a Dios por él, y a ser transformados por él. Ayudados por el poder del Espíritu Santo, cuando meditamos en el amor que Dios ha mostrado hacia nosotros a través de Cristo (Ro 5:8), nuestros corazones se llenan de amor (amor por Dios, por nuestros prójimos, y por nuestros hermanos y hermanas en Cristo). Mira como lo expresó el pastor del siglo XVIII Jonathan Edwards:

“La obra de redención que el evangelio revela, sobre todas las cosas da motivos para amar; pues esa obra fue la muestra de amor más gloriosa y maravillosa jamás vista u oída [...] Los verdaderos descubrimientos del carácter divino nos predisponen a amar a Dios como el bien supremo, unen el corazón en amor a Cristo, inclinan el alma para que fluya en amor hacia el pueblo de Dios, y hacia toda la humanidad”.³

La sana doctrina también proporciona el patrón para nuestro amor. Tenemos que amar *como* Cristo nos ha amado. Los maridos tienen que amar a sus esposas *como* Cristo ha amado a la Iglesia y se ha entregado a sí mismo por ella. De la misma manera que Cristo no nos amó

simplemente “de palabra, sino de hecho y en verdad”, así también nosotros debemos amarnos unos a otros de formas tangibles y costosas (1Jn 3:16-18).

La sana doctrina sirve para el amor (toda clase de amor).

LA DOCTRINA Y EL AMOR EN NUESTRAS VIDAS Y EN NUESTRAS IGLESIAS

¿Qué diferencia debería marcar esto en nuestras vidas y en nuestras iglesias? Estamos ante una solución para la falta de amor. Si tu amor por Dios se está enfriando, puedes subir el termostato tomando una buena dosis de sana doctrina, meditando con oración en ella y grabándola en tu corazón. Citando a Jonathan Edwards de nuevo:

“Cuando se ve la verdad de las gloriosas doctrinas y promesas del evangelio, estas doctrinas y promesas son como muchas cuerdas que toman el corazón y lo llevan a amar a Dios y a Cristo”.⁴

Puede ser que tengas dificultades para amar a otra persona. Quizá es un miembro difícil de la familia, un jefe insoportable o un miembro de la iglesia que te está tratando con desprecio. Detente y medita con calma cuán profundamente has sido amado por Dios en Cristo: “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo [...] Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún

pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5:7-8). Cristiano, así es cómo Dios te ha amado. Te reconcilió consigo mismo por la muerte de su Hijo cuando eras su enemigo (Ro 5:10). El camino para tener un mayor amor por los demás empieza con una apreciación más profunda de la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor de Dios por ti, el cual brilla en su máximo esplendor en el evangelio de su Hijo.

Tal y como hemos visto, el amor que Dios nos ha mostrado en Cristo es la base para nuestro amor en la iglesia. ¿Amas a otros cristianos solo por lo que puedas obtener de ellos, o porque tanto tú como ellos sois amados por Dios? ¿Amas a tus hermanos creyentes incluso cuando te dan multitud de razones para no amarlos? ¿Se extiende tu amor a los miembros de tu iglesia a pesar de diferencias que en el mundo normalmente excluirían el amor como, por ejemplo, diferencias de posición social, nivel adquisitivo o el color de la piel?

De hecho, la Biblia identifica nuestro amor por nuestros hermanos y hermanas como la prueba de si realmente conocemos el amor de Cristo: “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1Jn 4:20; ver 1Jn 3:17-18).

Nuestras iglesias deberían caracterizarse por un amor mutuo que se extiende a todos aquellos que invocan el nombre del Señor Jesucristo; y el amor —no lo olvides— se

alimenta con la sana doctrina. Si la amargura, los chismes y la calumnia están destruyendo tu iglesia, la sana doctrina es una de las herramientas más necesarias para volver a coser todas las piezas. Si las rivalidades y las divisiones están apagando el amor de la iglesia, ésta necesita volver a respirar el aire limpio de la sana doctrina. Para amar a los que son difíciles y reconciliar a los enemigos, debemos recordar que Dios ha hecho en Cristo exactamente las mismas cosas por nosotros.

Si hay personas difíciles de amar en nuestras iglesias, bueno, también nosotros lo somos. Y eso no detuvo a nuestro Salvador para amarnos hasta el punto de llegar a la cruz. Cuanto más profundamente seamos moldeados por esa verdad, más serán conformadas nuestras vidas y nuestras iglesias a la imagen de su amor.

COMO UNA VELA QUE ATRAPA EL VIENTO

A diferencia de un viento que se apaga y te deja desamparado en el mar, el amor de Dios es un vendaval constante que nunca amaina. Ni siquiera nuestro pecado puede ensombrecer su amor por nosotros. En realidad, la grandeza de su amor se muestra precisamente en que nos ama a pesar de nuestro pecado.

El amor de Dios es una expresión de su naturaleza: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” (Ef 2:4-5). Dios es

rico en misericordia (la tiene a montones). Dios se reveló a Moisés como: “El SEÑOR, el SEÑOR, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad; el que guarda misericordia a millares, el que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado” (Éx 34:6-7, LBLA). Y Juan captura la esencia en pocas palabras: “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1Jn 4:8).

Dios es amor y nos ha amado de forma extraordinaria en Cristo. Su amor por nosotros es la base, la fuente y el patrón de nuestro amor por él, por nuestros prójimos, por nuestros hermanos cristianos y hasta por nuestros enemigos. Nuestro amor es una respuesta al suyo, como una vela que atrapa el viento.

La sana doctrina sirve para el amor.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA UNIDAD

Jason es uno de mis mejores amigos de la facultad. Nos conocimos por un ministerio en el campus durante nuestro primer año de estudiantes, nos unimos a la misma iglesia y estrechamos lazos compartiendo habitación. Durante esos años se forjó una amistad que nos continúa trayendo ánimo, exhortación y gozo mutuo. Jason y yo somos de California. Los dos somos hombres blancos. Los dos somos músicos (mi amigo es un pianista clásico con mucho talento). Los dos somos ratones de biblioteca y, al mismo tiempo, personas extrovertidas. Se podría decir que tenemos mucho en común.

Por otro lado, ambos provenimos de ambientes familiares diferentes. También de diferentes posiciones económicas. Además, tenemos personalidades muy distintas (aquí es donde la cosa empieza a ponerse interesante).

En cuanto a Jason, él está seguro de que nunca habría sido mi amigo si ambos no hubiésemos sido cristianos. ¿A lo mejor porque yo soy interesante y él es aburrido? (no es cierto). A lo mejor es a causa de nuestros diferentes

trasfondos (eso puede ser parte de la explicación). A lo mejor es que mi personalidad le irrita tanto que nunca se hubiera juntado conmigo de no haber sido por la influencia del Espíritu Santo (ahora nos estamos acercando a la verdad).

Cualquiera que sea la razón, Jason está profundamente convencido de que nunca hubiera sido mi amigo si nouviésemos a Cristo. A lo largo de los años me lo ha dicho a menudo y en términos muy claros. ¡Casi me hace sentir un poco inseguro! ¿Tan difícil soy de querer? ¿Así de insoportable? ¿Así de prepotente?

Pero el tema es que a pesar de nuestras diferencias, somos grandes amigos. Y según su punto de vista, esto nunca hubiera ocurrido sin el evangelio.

¿CÓMO PUEDE UNIR LA IGLESIA LO QUE EL MUNDO ROMPE?

La amistad que el evangelio permite que disfrutemos Jason y yo, es un simple reflejo de la gloriosa manifestación de unidad que es la Iglesia del Señor Jesucristo. Para vivir en unidad, mi amigo y yo tuvimos que superar algunas barreras (principalmente la barrera de mi difícil personalidad). Pero el mundo está desgarrado por divisiones mucho más profundas que éstas. Me vienen a la mente asuntos étnicos, de posición social y de género.

Nuestra sociedad se enorgullece de su tolerancia e inclusión, pero la realidad es que docenas de divisiones

profundamente arraigadas separan a grandes grupos de gente. Y aun peor, tales divisiones enfrentan a las personas, a pesar de los muchos buenos esfuerzos en contra. Por ejemplo, en la América actual, la discriminación racial no solo está legislada, sino también estigmatizada. No obstante, el racismo aún corre profundamente por nuestras venas y no le cuesta mucho salir a la superficie.

Pero la iglesia sí que trasciende de verdad esas diferencias y divisiones: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gá 3:28; ver Col 3:11). ¿Cómo puede Pablo decir esto? ¿Cómo puede la iglesia trascender estas divisiones que continúan desafiando los mejores intentos del mundo de superarlas?

En Gálatas, Pablo considera la unidad de los judíos y los griegos, de los esclavos y los libres, de los hombres y las mujeres como una consecuencia del hecho de que somos justificados —declarados justos por Dios— en base a la fe sola, no en base a ninguna buena obra que hagamos. Los gálatas estaban empezando a confiar en la circuncisión y en observar la ley para salvación (Gá 3:1; 5:2-4). Debido a ello, Pablo tiene que recordarles que: “El hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gá 2:16).

Esto quiere decir que ni los judíos de nacimiento, ni los conversos al judaísmo entre ellos, podían reclamar superioridad sobre sus hermanos gentiles: “Sabed, por

tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham” (Gá 3:7). Tener una posición justa delante de Dios —incluyendo la pertenencia a la familia de Dios— es dado por la sola gracia de Dios a través de la sola fe en Cristo solo. Por tanto, tener una posición justa delante de Dios y ser miembro de la familia de Dios está a disposición de *todos* los que vienen a Cristo en fe, sin importar su etnia, su posición social, su género, ni ninguna otra cosa.

En otras palabras, la doctrina de la justificación solo por la fe es el fundamento de la unidad de la iglesia. Todos aquellos que han venido a Cristo y han confesado su fe a través del bautismo, están “revestidos” de Cristo (Gá 3:27) y son herederos de todas las promesas de Dios (Gá 3:29). Y como todos en la iglesia estamos revestidos de Cristo, somos todos uno en Cristo (Gá 3:28).

Solo Cristo es la puerta de entrada a la iglesia. No necesitas ser capaz de trazar tu genealogía hasta Abraham. No necesitas pertenecer a cierto partido político o vivir en cierta parte de la ciudad. No necesitas tener una licenciatura o ganar un salario alto. Todos son invitados a poner su fe en Cristo y, todos los que lo hagan, son bienvenidos en la iglesia como hermanos y hermanas, miembros de la familia con la misma posición en la casa de Dios.

La unidad de la iglesia está fundamentada en —y fluye de— la doctrina de la justificación por la fe sola. Esta es una de las muchas maneras que la sana doctrina sirve para la unidad.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA UNIDAD

Podemos encontrar una lección similar en 1 Corintios. Pablo tuvo que escribir a los corintios a causa de sus disputas y de sus deseos de superioridad: “Cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo” (1Co 1:12). La respuesta del apóstol a esta división es impresionante: “¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” (1Co 1:13).

Pablo está diciendo que la iglesia no debería estar más dividida que Cristo. ¿Por qué? Porque la iglesia es el cuerpo de Cristo, tal y como Pablo explica en detalle en el capítulo 12. Además, la gente no debería rendir completa lealtad a nadie aparte de Cristo, ya que solo él fue crucificado por nuestros pecados (*ver* 1Co 15:14). Los cristianos son bautizados en el nombre del trino Dios, no en el de algún maestro humano (*ver* Mt 28:19). Por tanto, los cristianos pertenecen al Señor y no a ningún maestro.

Todas estas preguntas retóricas en 1 Corintios 1:13 acumulan argumentos teológicos para la unidad de la iglesia. Puesto que somos el cuerpo de Cristo, deberíamos estar unidos, no divididos. Puesto que nuestra completa lealtad es para él —y somos bautizados en su nombre—, no debemos dividir nuestras iglesias en facciones alrededor de nuestros líderes favoritos.

La unidad de la iglesia está fundamentada en la sana doctrina, y fluye de ella. De nuevo, la sana doctrina es

un resumen de la enseñanza bíblica que es tanto fiel a la Biblia como útil para la vida. Por este motivo, cuando la unidad de la iglesia en Corinto está en peligro, Pablo excava profundamente hasta los fundamentos teológicos para traerlos de vuelta en conformidad con el plan divino. La sana doctrina no es solamente el fundamento de la unidad, es la restauradora de la unidad. No solamente provee el patrón para la unidad, ayuda a realinear una iglesia con el patrón cuando se ha torcido y ha perdido su forma original. La sana doctrina sirve para la unidad.

Vemos la misma dinámica en Efesios 4, donde Pablo nos urge a andar como es digno de nuestro llamado (Ef 4:1). ¿Cómo podemos hacerlo? Siendo humildes, mansos, pacientes y soportándonos los unos a los otros en amor, y siendo: “Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (vv. 2-3). Uno de nuestros principales llamamientos como cristianos es amarnos los unos a los otros, soportarnos con humildad los unos a los otros y luchar duro para preservar la unidad de la iglesia.

¿Por qué debemos hacerlo? Pablo responde llevándonos a las realidades más profundas de nuestra fe: “Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Ef 4:4-6). Todo lo concerniente a nuestra fe proclama: ¡*Unidad!* Solo hay un cuerpo de Cristo. Solo hay un Espíritu que nos da nueva vida. Solo

hay una esperanza a la cual somos llamados. Solo hay un Señor Jesucristo, una fe en el mismo Señor y un bautismo en su nombre. Solo hay un Padre sobre todos. Y Padre, Hijo y Espíritu Santo son un solo Dios.

La unidad de la iglesia está fundamentada en la unidad de la fe. Por tanto, somos llamados a preservar el vínculo de la paz que nos mantiene unidos, la unidad que el Espíritu nos ha dado. Porque la Iglesia es una, somos llamados a ser uno.

AGUJA E HILO PARA REPARAR EL TEJIDO DE LA UNIDAD

Tristemente, demasiado a menudo nuestras iglesias no están unidas. Demasiado a menudo nos dividimos por las mismas causas que dividen a los incrédulos. Con demasiada frecuencia permitimos que la amargura, la envidia, el chisme, el orgullo, la rivalidad y el juzgar a los demás agarren el frágil tejido de la unidad y lo destrocen.

Por eso, no es ninguna sorpresa que la Escritura nos exhorte a buscar, mantener y reparar la unidad dentro de nuestras iglesias. Pablo escribe a los Filipenses: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (Fil 2:12). Como en 1 Corintios 1 y Efesios 4, el apóstol apela a las raíces doctrinales de

nuestra unidad. Apela a las bendiciones del evangelio para decir en esencia: “Si habéis disfrutado de la benignidad de las bendiciones del evangelio, entonces por favor, por favor, os ruego que preservéis esta: la unidad de la iglesia”.

Fíjate que Pablo está poniendo como objetivo una unidad completa; unidad de mente y corazón, de pensamiento y de sentimiento. Él quiere que la iglesia esté tan firmemente unida como los hilos de algodón de nuestra ropa, que se funden en un tejido sin roturas. Quiere que la unidad de la iglesia sea tan pura y tan sonora como una orquesta sintonizada en el mismo tono.

¿Cómo debería la iglesia buscar esta unidad? “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil 2:3-4). La humildad sirve a la unidad. Cuando consideramos a los demás como más importantes que nosotros, dejamos nuestras agendas de lado y les servimos. Empezamos a pensar menos en lo que nosotros queremos y miramos a los demás.

Entonces Pablo reitera su mandamiento: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Fil 2:5). ¿A qué sentir se refiere? El sentir que llevó a Cristo a no estimar “el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”, sino que tomó “forma de siervo”; el sentir de hacerse “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Este es el sentir que Pablo nos exhorta a tener (Fil 2:6-9).

El apóstol demanda humildad a los Filipenses en beneficio de la unidad, imitando al Señor que se humilló a sí mismo para salvarnos. Este pasaje, dicho de otra forma, funde muy íntimamente doctrina y exhortación. Hemos recibido la mente de Cristo, como también consolación en él y comunión con el Espíritu Santo (Fil 2:1-2, 5), y todo por su humillante sacrificio voluntario por nosotros (Fil 2:6-11). En su encarnación, su humillación y su crucifixión, Jesús nos consideró más importantes que él mismo. No buscó su propio interés, sino el nuestro. No buscó su propio bienestar, sino el bienestar de otros.

Estas profundas doctrinas, por tanto, forman el patrón que deberíamos trazar en la vida de la iglesia. Estas poderosas reflexiones en la obra de Cristo nos muestran las pisadas en las que debemos caminar. Jesús es nuestro Salvador y nuestro ejemplo. Crecemos en humildad —un ingrediente clave para la unidad— cuando consideramos lo que Jesús ha hecho por nosotros y cómo ahora nos llama a seguir en el mismo camino.

La rivalidad y la vanidad son problemas tan prácticos como otros que pueda tener una iglesia. Aun así, la solución de la Escritura para estos problemas no es solo práctica, sino doctrinal. La encarnación de Cristo nos enseña humildad. La humillación de Cristo y su muerte vicaria nos enseñan a poner los intereses de los miembros de la iglesia sobre los nuestros. Ya que Jesús no se sirvió a sí mismo sino a nosotros, somos llamados a servir a otros.

La sana doctrina es la base y la fuente de la unidad de la iglesia. Es el patrón para la unidad de la iglesia. No solo eso, además nos equipa para buscar, preservar y reparar la unidad de la iglesia. Nos vacuna contra la división. Apaga los fuegos de la rivalidad. Ayuda a coser el vestido de la unidad de la iglesia que tan fácilmente rasgamos.

BUSCA UNA UNIDAD MÁS FUERTE Y FLEXIBLE

La unidad de la iglesia es preciosa y delicada, igual que un refinado traje de seda. Tal y como expresa el salmista: “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! [Es] como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion; Porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna” (Sal 133:1, 3). Pero cuán fácil es reemplazar la dulzura por la amargura, la armonía por la discordia, y la amistad por las divisiones.

Por esta razón no debemos unir nuestras iglesias en torno a nada que no sea el evangelio y las doctrinas que emanan de él y lo acompañan. Es muy fácil unir nuestras iglesias alrededor de cosas al margen de la sana doctrina, como las posiciones políticas, los métodos de educación, los estilos musicales, la comida orgánica, las tradiciones denominacionales o cualquier otra cosa.

En la mayoría de las iglesias, los miembros tienen mucho en común aparte de su fe, pero nuestra unidad debería basarse en la fe de las Escrituras. Esta fe debería ser la sustancia, el fundamento y la base de nuestra unidad.

La prueba de la unidad es si podemos amar a los miembros que confiesan la misma fe, pero que tienen diferentes puntos de vista acerca de la política, las opciones educativas, la comida que comemos o los gustos musicales. ¿Podemos poner sus intereses por encima de los nuestros? ¿Podemos recibir a los hermanos y hermanas con los que estamos unidos en la sana doctrina pero que son cultural y étnicamente diferentes a nosotros, o que tienen opiniones diferentes acerca de algunos asuntos? Si la respuesta es no, entonces nuestra unidad no está basada en el evangelio y en la sana doctrina, sino en preferencias y tradiciones humanas.

A menudo, la unidad de la iglesia es frágil porque está construida con los materiales equivocados. La unidad basada en costumbres culturales y gustos personales es quebradiza: pon un poco de presión en ella y se hará pedazos. Pero la unidad basada en la sana doctrina es fuerte y flexible, como una casa con una sólida estructura construida sobre unos buenos cimientos. Cuando la tormenta ruja contra ella, podrá balancearse y crujiarse un poco por el viento, pero permanecerá en pie.

La sana doctrina es la sustancia y el núcleo de nuestra unidad en la iglesia. Por ello, deberíamos unir nuestras iglesias en torno a la verdadera doctrina bíblica, no en torno a costumbres culturales, política o cualquier otra cosa.

UNA UNIDAD QUE DESAFÍA EXPLICACIONES

A través del evangelio —y solo a través del evangelio— nuestras iglesias pueden mostrar una unidad que desconcierta al mundo. Es una unidad que demuestra el poder del evangelio. Jesús oró que su pueblo fuese uno y así el mundo creyese que el Padre envió al Hijo (Jn 17:20-21). La unidad de la iglesia muestra a toda la creación la sabiduría de Dios, incluyendo a “los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef 3:10).

La unidad de la iglesia derivada de la doctrina bíblica desafía las explicaciones humanas. Solo Dios puede juntar en un cuerpo judíos y gentiles, esclavos y libres, simpatizantes de derechas y simpatizantes de izquierdas, los que abogan por la educación en casa y los que prefieren la educación pública. Y Dios hace esto a través del evangelio, por el que cualquiera que confíe en Cristo es contado como justo y es bienvenido a su familia.

Ora por la unidad de la iglesia. Búscala. Presérvala. Repárala cuando se desgarre. Y hazlo volviendo una y otra vez a las grandes doctrinas de la Escritura, porque la sana doctrina sirve para la unidad.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA ADORACIÓN

¿Has sido alguna vez *atrapado* por la trama de un libro? Es la condición causada por la lectura de un libro que es tan fascinante que no puedes dejar de leerlo.

Te quedas despierto hasta muy tarde (“Solo voy a acabar este capítulo... y el siguiente”). Descuidas tareas importantes (“Tirar la basura puede esperar”). Descuidas a las personas (“Perdona cariño, ¿decías algo?”). Sea que lo hagas queriendo o sin querer, te desconectas del resto del mundo hasta que acabas el libro.

Cuando lo terminas, caminas por ahí aturdido, medio atrapado aún por el libro. Al volver a la vida real, los personajes que fueron tus compañeros durante unos días se convierten en fantasmas que persiguen tus pensamientos.

La última vez que fui atrapado por un libro, había estado leyendo una novela bastante larga cuando debería haber estado estudiando para una clase intensiva de teología en verano. Así que, una noche tuve que escapar de las garras del libro y quedarme hasta tarde leyendo un denso y aburrido libro acerca de teólogos modernos. Me

dormía a un ritmo de tres veces por página y, cada vez que lo hacía, ocurría algo extraño. A medida que caía en el sueño, las palabras del libro de teología se transformaban en los personajes y en las historias de la novela que había estado leyendo. Mi cerebro estaba tan empapado por la trama de libro que se abría paso hasta la superficie de mi mente y se derramaba en las páginas que estaban ante mí.

Está claro que ser atrapado por la lectura de un libro no siempre es deseable. Hay un momento y un lugar para un libro adictivo, y hay muchos más momentos y lugares para mantener tales libros a salvo en la estantería.

Pero hay algo profundamente satisfactorio en perderse en las páginas de un libro, especialmente para alguien raro como yo. Estás al mismo tiempo concentrado y relajado. Estás perfectamente calmado y aun así el suspense de la historia puede hacer que tu corazón se desboque.

Por supuesto, los libros no son las únicas cosas que pueden atraparnos. ¿Has ido alguna vez de excursión por las montañas cuando, al girar una esquina, el paisaje te ha dejado anonadado? ¿Has estado alguna vez tan metido en una conversación con un amigo que cuando miraste el reloj por primera vez eran ya las 2:00 de la madrugada? ¿Has escuchado alguna vez una canción durante horas y horas, para darte cuenta de que te ha gustado más la vez número cincuenta y tres que la primera vez que la escuchaste?

Hay algunas cosas que no solamente disfrutamos, sino que nos causan deleite. Cosas que nos transportan a otro lugar. Cosas en las que nos perdemos y nos encanta que así sea.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA LA ADORACIÓN

Muchos cristianos buscan este tipo de experiencia en la adoración, especialmente en los momentos en que la iglesia adora colectivamente. Y esto no está necesariamente mal. La adoración a Dios debería apoderarse de nuestras mentes y corazones. Debería transportarnos a otro lugar.

Pero el problema es que podemos caer en la trampa de creer que el propósito de la adoración es tener una experiencia emocional intensa, especialmente cuando llega el tiempo de la adoración colectiva. Podemos ver la adoración principalmente como un tiempo para expresarnos nosotros mismos, para perdernos en el momento. Hasta podemos pensar, francamente, que la adoración se trata de nosotros.

Pero por supuesto sabemos que la adoración no es acerca de nosotros (es acerca de Dios). El Salmo 29:2 nos dice: “Dad a Jehová la gloria debida a su nombre”. La adoración —tal y como la Biblia la define— es dar a Dios la gloria que merece por quién es él y por lo que ha hecho por nosotros en Cristo. La adoración significa dar a Dios la adoración sincera, la alabanza y la obediencia que él merece. Por este motivo la sana doctrina sirve para la adoración.

LA SANA DOCTRINA ES EL COMBUSTIBLE PARA LA ADORACIÓN

La sana doctrina es para la adoración lo que la madera es para un fuego. Si quieres una hoguera ardiente que dure toda la noche, apilas leños secos y compactos. Así también, la sana doctrina enciende nuestra adoración.

A. Carson ha dicho: “Lo que debería convertir la adoración en un deleite para nosotros no es —en primer lugar— su novedad o su belleza estética, sino su objeto: Dios mismo es un deleite maravilloso, y nosotros aprendemos a deleitarnos en él”.¹ La sana doctrina nos enseña a deleitarnos en Dios porque nos muestra cuán deleitoso es Dios. Coloca ante nuestros ojos las perfecciones de su carácter, la abundancia de su gracia y la majestad de su dominio soberano sobre todas las cosas.

La sana doctrina nos dice por qué deberíamos adorar a Dios. Y cuando la sana doctrina es atesorada profundamente en nuestros corazones, extrae y motiva nuestra adoración. Esto es algo que vemos claramente en los Salmos. Por ejemplo, mira como el Salmo 95 empieza con un conmovedor llamado a la adoración: “Venid, aclamemos alegremente a Jehová; cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación. Lleguemos ante su presencia con alabanza; aclamémosle con cánticos” (vv. 1-2).

Pero el salmo no nos manda simplemente a adorar, nos dice por qué: “Porque Jehová es Dios grande, y Rey grande sobre todos los dioses. Porque en su mano están

las profundidades de la tierra, y las alturas de los montes son suyas. Suyo también el mar, pues él lo hizo; y sus manos formaron la tierra seca” (vv. 3-5). ¿Has visto esa pequeña palabra “Porque” al principio del versículo 3? El salmo nos está dando razones para adorar a Dios. Basa nuestra alabanza en que Dios es completamente digno de ser alabado. El versículo 3 dice que debemos adorar a Dios porque es grande. Él es exaltado como Rey por encima de todos aquellos que se llaman *dioses*. Deberíamos adorar a Dios porque solo él es Rey soberano sobre toda la tierra. Dios no tiene rival en el cielo y no debería tener rival en nuestros corazones.

Los versículos 4 y 5 nos ofrecen más pruebas de la grandeza de Dios. Nos recuerdan que Dios creó el mundo y, por tanto, el mundo le pertenece. Los picos de las más altas montañas y los más profundos océanos son todos suyos. Solo Dios ha creado la tierra, la mantiene y gobierna sobre ella.

Por tanto nosotros —como criaturas de Dios— estamos obligados a derramar delante de él nuestros corazones con una alabanza agradecida, entregada y llena de asombro. Deberíamos cantarle por las mismas razones que cantaron los ángeles cuando Dios creó los cielos y la tierra: porque toda la creación declara la gloria, el poder, la sabiduría, la belleza y la impresionante soberanía de Dios.

A continuación, el salmo nos vuelve a instar a la adoración: “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos

delante de Jehová nuestro Hacedor” (v. 6). De nuevo, el salmo nos da razones para adorar: “Porque él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano” (v. 7a). Dios en *nuestro* Dios. Él se ha comprometido con nosotros a hacernos bien (Jer 32:40). Nos ha hecho suyos. Somos su pueblo y él es nuestro Pastor (Sal 23:1-6; 100:3). Se preocupa personalmente de nosotros y nos alimenta con sus propias manos. Esas mismas manos omnipotentes que sostienen picos de granito son las que nos cuidan, nos proveen y nos dirigen con delicadeza en la dirección que debemos caminar. El exaltado y majestuoso Señor de todas las cosas ha condescendido a relacionarse con nosotros.

La Escritura nos enseña que Dios nos ha rescatado de nuestro pecado, nos ha reconciliado consigo mismo y se ha comprometido a proveer para todas nuestras necesidades, ahora y para siempre. Todas estas cosas son motivos para alabarle, adorarle, dar gritos de júbilo y postrarnos ante él en sumisión y obediencia. Todo esto es lo que la Biblia quiere decir cuando habla de *adoración*. Y el Salmo 95 nos muestra que esta adoración es alimentada por la sana doctrina.

LA SANA DOCTRINA NOS ENSEÑA CÓMO ADORAR

La sana doctrina no solo es como la madera para un buen fuego; también es como el guión de una película. En su Palabra, Dios nos enseña cómo debemos adorarle. La sana doctrina —específicamente la enseñanza correcta acerca

de cómo debemos adorar a Dios— produce una adoración que agrada a Dios.

A lo largo y ancho de toda la Escritura, Dios nos muestra una y otra vez que le importa cómo le adoramos. Cuando Dios rescató a Israel y le dio su ley, les dijo que no adorasen a otros dioses, y además les dijo que no lo adorasen a él a través de imágenes (Éx 20:26; Dt 4:15-18; 12:31). Tal y como Ligon Duncan lo expresa: “Esto nos recuerda que hay dos maneras de cometer idolatría: adorar a cualquier cosa que no sea el verdadero Dios o adorar al verdadero Dios de manera inadecuada”.² Además, Dios ordenó a los israelitas que tuvieran cuidado de no añadir o quitar nada a lo que él había mandado en cuanto a cómo debían adorarle (Dt 12:29-32). Aun las más mínimas desviaciones de lo establecido para su adoración traerían graves consecuencias (1S 15:22; 2S 6:5-7). A Dios le ha preocupado desde el principio *cómo* le adoramos.

Pero esto afectaba a Israel bajo el antiguo pacto. ¿Qué pasa con la Iglesia bajo el nuevo pacto? Como cristianos, es verdad que la forma y la sustancia de nuestra adoración es diferente a cómo Israel debía adorar a Dios. Pero, aun así, Dios no está menos interesado en cómo le adoramos. También es cierto que el Nuevo Testamento no propone un modelo único de culto para todas las iglesias. Pero lo que sí nos dice —sea por mandamiento o por ejemplo— es qué hacer en nuestras reuniones como cuerpo. Deberíamos leer y predicar la Biblia (1Ti 4:13; 2Ti 4:2), deberíamos

orar (1Ti 2:8), deberíamos cantar salmos, himnos y cánticos espirituales (Ef 5:18-19; Col 3:16-17) y celebrar la Santa Cena y el bautismo (Mt 28:19; 1Co 11:23-26).

El Nuevo Testamento también nos dice *cómo* deberíamos adorar. Debemos adorar a Dios con agradecimiento (Col 3:17), con reverencia (Heb 12:28-29), en unidad (Ro 15:6), en espíritu y en verdad (Jn 4:24), decentemente (1Co 14:40) y de manera que edifiquemos a todo el cuerpo (1Co 14:12, 26).

En realidad, toda nuestra adoración colectiva tiene también una dimensión horizontal. Por ejemplo, cuando cantamos no solo nos dirigimos a Dios, sino los unos a los otros (Ef 5:18-19; Col 3:16-17). La adoración colectiva no consiste en experimentar tus devociones personales en una sala junto a otro centenar de personas. Se trata de edificar el cuerpo de Cristo incluso cuando alabamos a Dios.

Obviamente, la adoración no está limitada a lo que hacemos en la iglesia. Pablo dice que toda nuestra vida debería ser presentada en sacrificio agradable a Dios (Ro 12:1-2). Pero sea que hablemos de la adoración colectiva o de una adoración *diaria*, la Biblia tiene mucho que decir acerca del qué, del por qué y del cómo.

Para adorar a Dios correctamente, necesitamos saber cómo Dios quiere ser adorado, y él ha revelado esto en su Palabra. Por tanto, la sana doctrina nos enseña cómo adorar. Nos prepara para seguir el guión que Dios mismo ha escrito para la adoración.

LA SANA DOCTRINA MOLDEA, ALIMENTA, INSTRUYE Y MOTIVA NUESTRA ADORACIÓN

¿Qué significa esto para nuestras vidas e iglesias?

En primer lugar, si la sana doctrina sirve para la adoración, entonces la sana doctrina debería moldear la sustancia y aun el estilo de nuestra adoración. Dios nos ha dicho cómo debemos adorarle, por tanto, deberíamos hacer lo que él dice. Y el *cómo* lo hacemos debería ser filtrado siempre a través del carácter de Dios. Sin lugar a dudas, un amplio abanico de estilos y expresiones culturales pueden dar gloria a Dios. Pero la primera pregunta que deberíamos plantearnos siempre —digamos, acerca de una canción de adoración en particular— no es si nos gusta el estilo, sino si honra a Dios. Y esto tiene que ver principalmente —aunque no exclusivamente— con el contenido verbal.

Segundo, ya que la sana doctrina alimenta la adoración, nuestros cultos de adoración colectiva —y nuestras vidas devocionales— deberían nutrirse constantemente de ella. Los cristianos somos constreñidos a adorar cuando nos sobrecoge la grandeza, la gloria de Dios y la maravillosa salvación que él ha logrado a nuestro favor. Por eso, las iglesias deberían cantar canciones e himnos empapados de la Escritura y ricos en doctrina. Tal y como la Biblia ordena (1Ti 4:13), deberíamos leer la Biblia colectivamente, lo cual en sí mismo es un acto de adoración. Nuestras oraciones —como las oraciones bíblicas— deberían estar repletas de meditaciones acerca de quién es

Dios y lo que ha hecho por nosotros en Cristo. Resumiendo, nuestra adoración debería rebosar sana doctrina.

Tercero, la sana doctrina debería informarnos acerca de la adoración y explicárnosla. ¿Por qué oramos y cantamos a Dios? ¿Por qué escuchamos la Palabra de Dios? ¿Por qué celebramos la Santa Cena? La sana doctrina nos recuerda por qué adoramos a Dios e ilumina nuestros actos de adoración. Si la potente luz de la sana doctrina no brilla sobre la adoración, ésta puede llegar a ser sombría e ininteligible. En la adoración, nuestra mentes y espíritus deben participar por igual (1Co 14:15). Así que, aquellos que dirigen nuestros cultos deberían explicar por qué hacemos lo que hacemos. La sana doctrina debería proporcionar la base que permite a cada adorador participar con un corazón unido y una mente que entiende lo que está haciendo.

Cuarto, la sana doctrina debería motivar la adoración. Al igual que el amor —componente esencial de la adoración— la adoración es una respuesta a Dios, a quién es él y a lo que ha hecho por nosotros. Por esta razón, los líderes deberían motivar a sus congregaciones para que adoren proclamando la sana doctrina. Si quieres que tu gente alabe a Dios, muéstrales la grandeza de Dios. Si quieres que den gloria a Dios, muéstrales la gloria de Dios. Si quieres que se postren ante Dios en sumisión amorosa, entonces regocíjate en su gobierno soberano cuando prediques y enseñes.

La adoración no es un éxtasis emocional que aparece de repente, ni tampoco un estado de la mente tipo zen que se puede obtener a través de la relajación. Al contrario, es la respuesta a Dios de nuestro corazón, mente, alma y fuerzas; la respuesta a su glorioso ser y a sus obras poderosas. No fomentamos la adoración centrándonos en la adoración, sino llenando nuestras mentes con una visión panorámica de la belleza y la santidad de Dios.

Esto significa que la música no es lo que dirige nuestra adoración. En realidad, la música —y me refiero a cantar como congregación— es un vehículo para nuestra adoración. Si tu corazón y tu mente no están respondiendo a la inefable majestad de Dios, no importa cuán apasionadamente puedas estar disfrutando una experiencia musical, no estás adorando. Es más, la adoración depende muy poco de la instrumentalización que acompaña a nuestro cantar. La música instrumental en la iglesia debería *apoyar* el cántico congregacional, pero un cierto estilo de música no es la llave que desata nuestra adoración. Esa llave es la gloria y la majestad de Dios.

La sana doctrina debería dirigir la sustancia y el estilo de nuestra adoración. Debería llenar el contenido de nuestra adoración. Y debería motivar nuestra adoración ya que ésta es siempre una respuesta a la gloria y la gracia de Dios.

CÓMO DEJARTE LLEVAR EN LA ADORACIÓN

Deberíamos dejarnos llevar en la adoración, pero no de la manera que a veces pensamos.

Una historia no te cautiva porque valoras si tienes o no una experiencia de lectura satisfactoria. Una historia te atrapa cuando es tan apasionante que te olvidas de ti mismo y de cuánto tiempo has estado leyendo. El paisaje de la cima de una montaña no te puede dejar anonadado si estás mirando tus zapatos. Puede que los zapatos te hayan llevado hasta allí, pero tú estás allí por el paisaje.

No te dejes llevar en la adoración tratando de dejarte llevar en la adoración. Lo que debes hacer es proponerte glorificar a Dios como él se merece y desea. El equipamiento necesario para ello es una mente y un corazón que están llenos de la verdad acerca de Dios. Cada vez que absorbes más sana doctrina, estás avivando las llamas de la adoración.

La revelación bíblica del carácter de Dios y de su obra salvadora nos proporcionan el combustible y el guión para la adoración. La Escritura moldea, alimenta, instruye, dirige y motiva la adoración.

La sana doctrina sirve para la adoración.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA TESTIFICAR

Un antiguo profesor mío de música tenía un cartel en la puerta de su oficina que decía: “La repetición hare la pwrfección”. Otra línea debajo decía: “La repetición hare la pwrfección”. El cartel continuaba cambiando letra a letra lo que estaba mal hasta que la frase final decía: “La repetición hace la perfección”.

La repetición hace la perfección es un refrán muy trillado, pero lo es porque funciona bien. Practicar algo puede ser repetitivo, aburrido y tedioso, pero es básico para poder mejorar. La repetición requiere disciplina, fuerza de voluntad y un esfuerzo enorme, pero la recompensa puede ser enorme (y es muy improbable mejorar de otra manera).

Cuando era músico profesional, a veces practicaba durante tres o cuatro horas la tarde antes de tocar en un concierto durante toda la noche. Algunas de esas noches, mi saxofón se convertía en una extensión de mí mismo. En esas largas horas de práctica, mi mente se empezaba a conectar con el instrumento como si fuese parte de mi cuerpo. Inmerso en el mundo de las notas durante el día,

podía hablar su lenguaje más fluidamente en el escenario durante la noche.

Para un músico de jazz, la práctica es esencial para diversas áreas. Te ayuda a dominar las exigencias técnicas de tu instrumento. Te permite memorizar las canciones y las progresiones armónicas que componen las estructuras sobre las cuales improvisas. También desarrolla un vocabulario que usas para decir cosas nuevas, igual que haces con el vocabulario verbal. Practicar el vocabulario del jazz te da la materia prima que transformas y combinas para crear algo nuevo cada vez que tocas. Así que, cuanto más practiques, con más fluidez tocarás.

PRÁCTICAS DE EVANGELIZACIÓN CON MARTÍN LUTERO

Tuve una experiencia sorprendentemente parecida en mi segundo año de facultad relacionada con la evangelización.

Durante un par de años me estuve juntando con diferentes compañeros cristianos de la facultad para compartir el evangelio en nuestro soleado campus del Sur de California. En una ocasión, antes de nuestra reunión, estuve unas horas leyendo el clásico de Martin Lutero *The Bondage of the Will* (La esclavitud de la voluntad). Es una exposición ingeniosa y rigurosa de la enseñanza bíblica de que —fuera de Cristo— nuestra voluntad es esclava del pecado y solo la gracia soberana de Dios puede liberarnos.

El caso es que me reuní con mis amigos y nos dividimos en parejas para pasear por los alrededores y hablar

con la gente. Al poco tiempo, había iniciado una conversación con un simpático estudiante de filosofía. Después de compartir el evangelio con él, las primeras palabras que salieron de su boca fueron: “¿Y qué pasa con el libre albedrío?”.

Me dije a mí mismo: “¡Qué curioso que preguntes esto!”. Y entonces le expliqué que la Biblia considera a las personas responsables por sus acciones; somos agentes morales libres y responsables. Pero nuestras voluntades están totalmente entregadas al pecado. Somos sus esclavos. Dejados a nuestra voluntad, escogemos siempre el mal y rechazamos a Dios. Necesitamos que él nos salve.

Mis dos horas leyendo teología aquella tarde se convirtieron en una práctica evangelística. No lo sabía en su momento, pero luego me vino muy bien de una manera extremadamente práctica.

Compartir el evangelio aquel día fue como tocar el saxofón en la noche después de una larga tarde de ensayo. Las palabras fluyeron con más naturalidad. Me sentí mucho más cómodo que cuando improvisaba rápidamente. Me sentí mucho más seguro contestando desde la Escritura las preguntas de aquel estudiante.

Aquella tarde, la sana doctrina alimentó, posibilitó y equipó directamente mi testimonio del evangelio. Me permitió presentar verdades bíblicas a un escéptico. Puso versículos y argumentos bíblicos en mis propias manos que de otra manera hubieran estado fuera de mi alcance.

Al igual que la práctica sirve para actuar, la sana doctrina sirve para testificar.

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA TESTIFICAR

Con la palabra *testificar* me refiero principalmente a evangelizar. Evangelizar es compartir la buena noticia acerca de Jesús con aquellos que no creen en él, e instarlos a arrepentirse de sus pecados y confiar en él.

¿Cuál es la buena noticia? Aquí la tienes explicada en cuatro puntos:

- *Dios*: El único e inigualable Dios, quien es santo (Is 6:1-7), nos creó a su imagen para conocerle y glorificarle (Gn 1:26-28).
- *El hombre*: Pero pecamos y nos separamos de él, y a causa de nuestro pecado la ira de Dios se manifiesta contra nosotros (Gn 3; Ro 1:18; 3:23).
- *Cristo*: En su gran amor, Dios envió a su Hijo Jesús para que viniera como Rey y rescatara a su pueblo de sus enemigos; principalmente de sus propios pecados (Sal 2; Lc 1:67-79). Jesús estableció su Reino actuando como sacerdote intercesor y al mismo tiempo siendo un sacrificio sacerdotal: vivió una vida perfecta y murió en la cruz, cumpliendo así la ley de Dios y tomando sobre sí mismo el castigo por los pecados de muchos (Mr 10:45; Jn 1:14; Ro 3:21-26; 5:12-21; Heb 7:26). Después, resucitó de entre lo

muertos, mostrando que Dios había aceptado su sacrificio y que la ira de Dios contra nosotros había sido satisfecha (Hch 2:24; Ro 4:25).

- *La respuesta:* Ahora Dios llama a todas las personas a arrepentirse de sus pecados y a confiar solo en Cristo para perdón (Jn 1:12; Hch 17:30). Si nos arrepentimos de nuestros pecados y confiamos en Cristo, volvemos a nacer en una vida nueva y eterna con Dios (Jn 3:16).

El evangelio es este mensaje de salvación a través de Cristo, y evangelizar o *testificar* es compartir este mensaje con otros e instarles a creer en él.

¿Por qué digo entonces que la sana doctrina sirve para testificar? En primer lugar, porque el evangelio *es* doctrina. Y la doctrina —recuerda— es explicar la Biblia en nuestras propias palabras. Como cristianos, debemos saber cómo utilizar en nuestras conversaciones diarias la verdad bíblica acerca de quién es Dios, quiénes somos nosotros, qué ha hecho Jesús para salvarnos y la respuesta que pide de nosotros. Si eliminamos la doctrina, eliminamos el evangelio y la evangelización. La sana doctrina —la doctrina del evangelio— es el contenido de nuestro testimonio.

LA SANA DOCTRINA: LA HISTORIA Y LA COSMOVISIÓN QUE ENMARCAN EL EVANGELIO

La sana doctrina también es importante para la evangelización porque nos permite explicar el evangelio de forma

más completa. ¿Cómo? La sana doctrina nos enseña la historia que el evangelio cumple y completa, y nos enseña la cosmovisión en la que el evangelio tiene sentido.

Piensa en la importancia de entender toda la historia bíblica que el evangelio completa; el relato de la creación y la caída, el éxodo, la conquista de la tierra por parte de Israel, los jueces y los reyes, y el exilio de Israel de su tierra y la promesa de restauración. Cuanto mejor conozcamos esta historia, mejor entenderemos el evangelio, el cual es el cumplimiento de la historia. Esto es especialmente importante para evangelizar a personas que tienen cierto conocimiento de la Escritura, como aquellos que tienen un trasfondo cristiano, pero que no se han arrepentido de sus pecados ni han confiado en Cristo. Cuando alguien tiene una comprensión básica de la narración bíblica, podemos construir sobre ese entendimiento y demostrar cómo todas las historias de la Escritura encuentran su significado principal en el evangelio.

El apóstol Pablo hizo exactamente esto en su propia evangelización, especialmente con los judíos. Colocó la buena noticia acerca de Jesús en el contexto de toda la historia de la Biblia. Hablando en una sinagoga judía, Pablo explicó cómo Dios sacó a Israel de Egipto, les dio la tierra de Canaán, puso jueces y reyes sobre ellos, y les prometió que el hijo de uno de esos reyes —David— reinaría para siempre (Hch 13:17-22). Después les declaró: “De la descendencia de éste, y conforme a la promesa, Dios levantó

a Jesús por Salvador a Israel” (Hch 13:23). A continuación, Pablo explicó cómo la vida, la muerte y la resurrección de Jesús cumplen todo lo que Dios prometió en el Antiguo Testamento (vv. 26-37). Entonces concluyó diciendo: “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree” (vv. 38-39). Y les advirtió que no menospreciasen el mensaje (vv. 40-41).

Para nosotros hoy, también es importante entender la historia de la Escritura, principalmente para entender el evangelio y poder explicárselo a otros.

La sana doctrina no solo proporciona la historia, sino también la cosmovisión que enmarca al evangelio. Veamos esto en otro sermón evangelístico de Pablo. En esta ocasión, el apóstol se estaba dirigiendo al Areópago —el concilio intelectual de Atenas—, que era un grupo de filósofos griegos politeístas (Hch 17:22-34). Y aquí Pablo empieza con Dios. Las deidades de los griegos eran impredecibles y necesitaban cosas. No así el verdadero Dios, dijo Pablo. El Dios verdadero es el Creador y el Señor de todo. Es perfecto en sí mismo y no necesita nada. Por tanto, no necesita que proveamos para sus necesidades a través de sacrificios (vv. 22-25).

Entonces Pablo se remonta al origen y naturaleza de la humanidad. Los griegos creían que pertenecían a una raza de hombres distinta y superior. Pero el apóstol echó

por tierra esta visión diciendo que todas las personas son creadas por Dios y descienden de un solo hombre. Aun más, Dios no está alejado de la humanidad, sino que da la vida, la sostiene y ordena las circunstancias de nuestra existencia (Hch 17:26-28).

Según todo esto —Pablo continúa— todas las personas están obligadas a servir a Dios. Somos su linaje y deberíamos hacer cosas mejores que cometer idolatría. Dios ha sido paciente en gran manera con la humanidad, pero ahora “manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch 17:30-31). Al llegar a este punto en la predicación de Pablo, algunos se burlaron pero otros al final creyeron (vv. 32-34).

Basándonos en el relato de Lucas, no está claro si Pablo en realidad explicó el mensaje de la muerte y resurrección de Jesús, o si simplemente mencionó la resurrección y fue interrumpido de inmediato. Pero para nuestros propósitos, es interesante observar que las doctrinas que el apóstol predicó a estos griegos proveyeron la cosmovisión en la cual el evangelio tiene sentido. No buscarás a un Salvador a menos que sepas que necesitas ser salvado. No sabrás que necesitas ser salvado hasta que te encuentres cara a cara con el Dios a quien debes rendir cuentas. Esta es la razón por la que Pablo retrocede hasta el mismo

comienzo y explica quién es Dios, quiénes somos nosotros y cuáles son nuestras obligaciones para con Dios.

Hechos 17 es un caso práctico de la importancia de la sana doctrina para la evangelización. El apóstol condensa tantas verdades doctrinales en este sermón que es difícil recopilarlas todas:

- La existencia, el señorío y la autosuficiencia del único Dios verdadero (vv. 24-28).
- La creación de Dios de todo el universo (v. 24).
- La creación especial del hombre por parte de Dios y la unidad de la raza humana (v. 26).
- El gobierno providencial de Dios sobre toda la historia y sobre cada vida humana (vv. 26-28).
- La responsabilidad del hombre de servir correctamente a Dios (vv. 29-30).
- La necesidad de que la gente se arrepienta para encontrar la misericordia de Dios (v. 30).
- La resurrección de Jesucristo (v. 31).
- El juicio final de Dios para todas las personas (v. 31).
- El señorío de Jesucristo (v. 31).

De la predicación de Pablo en Hechos 17 aprendemos que la sana doctrina sirve para testificar porque provee la cosmovisión que enmarca al evangelio. La sana doctrina proporciona el preámbulo necesario para el mensaje de lo que Jesús ha hecho para salvar a los pecadores.

La lección para nosotros es la siguiente: cuando estés evangelizando a alguien que carezca de un conocimiento básico de la Escritura, usa la sana doctrina para ponerlo en antecedentes. Usa la sana doctrina para proporcionar el fundamento y la estructura para el evangelio. Úsala para mostrar a las personas por qué necesitan la salvación por encima de todo.

La sana doctrina nos ofrece la historia que encuentra su cumplimiento en el evangelio, y la cosmovisión que nos permite entender el evangelio. La sana doctrina enmarca el evangelio, ayudándonos a explicarlo y a darle sentido.

La sana doctrina sirve para testificar.

LA SANA DOCTRINA MOTIVA, LIBERA, ANIMA, RENUEVA Y FORTALECE NUESTRO TESTIMONIO

La sana doctrina también motiva nuestro testimonio.

¿Cómo? Cuanto mejor conozcamos el evangelio, más motivados estaremos para compartirlo. Cuanto más profundamente conozcamos el amor de Cristo por nosotros, más nos constreñirá a hablar de él con otros (2Co 5:14). Además, conocer la sana doctrina nos da la confianza para testificar. Cuanto más conozcamos el evangelio, más prestamente lo compartiremos con otros.

La sana doctrina también nos libera de la falsa culpabilidad relacionada con la evangelización. La Escritura nos enseña que solo Dios puede cambiar los corazones y las mentes de las personas. Solo Dios puede dar vida a los

muertos (Ef 2:1-10) y luz a los ciegos (2Co 4:3-6). Nuestra tarea consiste en predicar el evangelio, rogar a la gente que se arrepienta y orar para que Dios obre. Eso es todo. No podemos hacer que nadie crea en el evangelio. Muchas personas no evangelizan porque están intimidadas por el pensamiento de que deben convencer a alguien para convertirse en cristiano, pero la sana doctrina quita la carga de la culpabilidad. No podemos hacer que nadie haga nada. Lo único que podemos —y debemos— hacer es predicar el evangelio y orar para que Dios salve a la gente.

La sana doctrina anima nuestro testimonio. Algunas personas creen que la doctrina de la elección —que Dios, motivado por su pura gracia, ha escogido aquellos que serán salvos— es una desmotivación para evangelizar, pero vemos exactamente lo contrario en la Escritura. Por ejemplo, inmediatamente después de haber escalado las más altas alturas de esta doctrina en Romanos 9, Pablo en Romanos 10 hace un enérgico llamado a la evangelización: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Ro 10:14). De forma parecida, leemos en Hechos 18 cómo el Señor alentó a Pablo en su evangelización diciéndole: “No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad” (Hch 18:9-10). Escuchar que Dios había escogido a muchos en la ciudad

de Corinto para salvación posibilitó que Pablo predicara fervientemente y sin miedo. La doctrina de la elección anima nuestro testimonio.

Finalmente, la sana doctrina —y la doctrina de la elección en particular— renueva nuestro compromiso y fortalece nuestra determinación cuando llega el fracaso o la persecución. Pablo, contemplando su propio encarcelamiento, dice: “Mas la palabra de Dios no está presa. Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna” (2Ti 2:9-10). Si Pablo soportó pruebas como la cárcel por el bien de aquellos que Dios había escogido y continuó predicando el evangelio fielmente, nosotros deberíamos hacer lo mismo. La doctrina de la elección alimentó la perseverancia del apóstol en la evangelización y debería hacer lo mismo en nosotros. La sana doctrina sirve para testificar.

LOS FRUTOS DE LA SANA DOCTRINA ADORNAN Y FORTALECEN EL TESTIMONIO DE NUESTRAS IGLESIAS

Todo este libro trata de cómo la sana doctrina da lugar a vidas piadosas e iglesias sanas. Trata de los frutos que la sana doctrina produce en la iglesia, incluyendo la santidad, el amor, la unidad y la adoración. Todos estos frutos contribuyen a nuestro testimonio del evangelio, como individuos y especialmente como iglesias locales. Los frutos de la sana doctrina adornan nuestro testimonio de

la misma manera que un marco adorna un cuadro o una joya adorna a una mujer (Tit 2:10).

La santidad: Pedro nos exhorta a ser santos, manteniendo una buena manera de vivir entre los incrédulos, para que puedan considerar nuestras buenas obras y “glorifiquen a Dios en el día de la visitación” (1P 2:11-12, ver Mt 5:13-16). Nuestra santidad testifica del poder del evangelio y lleva a la gente a glorificar a Dios.

El amor: Jesús nos manda: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn 13:34-35). Nuestro amor por los hermanos de nuestra iglesia muestra el amor de Cristo por el mundo. Muestra al mundo un amor que solo es posible a través de Cristo, lo cual dignifica el evangelio.

La unidad: Jesús ora por sus discípulos, y eso nos incluye a nosotros: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn 17:20-21). La unidad de nuestras iglesias presenta una imagen del evangelio a un mundo que observa. Nuestra unidad muestra al mundo que Jesús es realmente el Hijo de Dios, e invita implícitamente al mundo a que confíen en él.

La adoración: La adoración de nuestras iglesias también tienen un poder evangelístico. Hablando de la

proclamación colectiva de la Palabra por todos los miembros de la iglesia, Pablo dice: “Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros” (1Co 14:24-25). Nuestra adoración proclama la realidad de Dios, y puede —y debería— tener un poderoso efecto en los incrédulos que participen de ella.

La sana doctrina potencia la santidad, el amor, la unidad y la adoración, y todo ello magnifica y adorna el testimonio evangelístico de la iglesia.

A pesar de que estas cosas impactan sin duda nuestras vidas como individuos, todos estos frutos de la sana doctrina se manifiestan más abundantemente en la vida colectiva de la iglesia. El amor y la unidad son intrínsecamente colectivos, y la santidad y la adoración alcanzan su máxima expresión cuando las encarnamos conjuntamente como un cuerpo. Esto significa que nuestro testimonio cristiano consiste en algo más que la evangelización personal; involucra a toda la vida de la iglesia. Una iglesia caracterizada por la santidad, el amor, la unidad y la adoración es un poderoso testimonio del evangelio. Adorna el evangelio. Sirve de espejo para el evangelio, sosteniendo en alto su poder transformador para que todos lo vean. La sana doctrina moldea, renueva y potencia la vida colectiva y el testimonio de la iglesia.

EQUIPA, MOTIVA Y CULTIVA EL TESTIMONIO DE TU IGLESIA A TRAVÉS DE LA SANA DOCTRINA

Amigos pastores, equipad a vuestra gente para evangelizar dándoles sana doctrina. Enseñadles el evangelio una y otra vez para que lo puedan aprender de memoria.¹ Conectad consistentemente los puntos entre otras doctrina bíblicas y el evangelio, de manera que vuestra gente pueda explicar la cosmovisión cristiana completa a sus amigos ateos y a sus vecinos musulmanes.

No solo eso, motivad a vuestra gente para que evangelicen y hacedlo proclamándoles la doctrina del evangelio. Deberíamos sentirnos culpables de nuestra falta de evangelización, pero la culpa solo nos llevará hasta cierto punto. Así que proclamad enérgicamente el amor de Cristo a vuestra gente hasta que ese amor llene sus corazones y se derrame hacia sus amigos y vecinos.

Asimismo, cultivad cuidadosamente el testimonio colectivo de vuestras iglesias. La vida colectiva de vuestras iglesias o bien dignificará el evangelio que predicáis o lo contradirá. Fomentará la reputación de Cristo o bien la difamará. Vuestras iglesias son mucho más que las sumas de sus partes: son espejos que reflejan la gloria de Dios en el evangelio, son emisoras de radio que engrandecen y transmiten el mensaje de la cruz.

Finalmente, usad el testimonio colectivo de vuestras iglesias en la evangelización. Enseñad a vuestra gente que la iglesia es el programa evangelístico de Jesús. Al

mismo tiempo que sostenéis una línea clara entre la iglesia y el mundo, invitat a los incrédulos a que vengan y experimenten por sí mismos la vida colectiva de vuestras iglesias. Permitid que vean vuestra luz y prueben vuestra sal (Mt 5:13-16).

LA SANA DOCTRINA: UN VOCABULARIO PARA LA IMPROVISACIÓN EVANGELÍSTICA

A diferencia de la improvisación en el jazz, el mensaje del evangelio es el mismo cada vez que lo predicamos. Sin embargo, al igual que en un concierto de jazz, cada conversación evangelística será diferente y nos forzará a pensar sobre la marcha y a improvisar.

Por tanto, deberíamos estar aprendiendo constantemente el *vocabulario* del evangelio. Y no me refiero solo a los términos teológicos que están relacionados con el evangelio, aunque estos son importantes. Me refiero al mensaje del evangelio mismo y a todas las doctrinas bíblicas que lo apoyan, que se relacionan con él, que lo enmarcan y que ayudan a que tenga sentido.

Cuanto mejor conozcamos el evangelio, mejor lo compartiremos. Y cuanto más se conformen nuestras vidas y nuestras iglesias a la sana doctrina, más dignificaremos el evangelio que proclamamos.

La sana doctrina sirve para testificar.

POSTDATA

LA SANA DOCTRINA SIRVE PARA EL GOZO

La sana doctrina es la sangre vital de la iglesia. Moldea y guía la enseñanza de la iglesia. Fomenta la santidad. Promueve el amor. Fundamenta y repara la unidad. Insta a la adoración. Instruye y motiva nuestro testimonio del evangelio.

Lejos de ser un entretenimiento opcional o una distracción de la tarea verdadera de la iglesia, la sana doctrina es esencial para la vida de la iglesia. La sana doctrina nos proporciona un mapa de carreteras para vivir vidas y edificar iglesias que agraden a Dios. Coloca ante nosotros el camino de una vida piadosa. Nos proporciona el guión para la vida cristiana, y la música que debemos seguir.

Y el propósito de tal doctrina es que nosotros (junto con todos los santos) glorifiquemos a Dios y encontremos gozo en él. Refiriéndose a toda la enseñanza que había dado a sus discípulos en su última noche con ellos, Jesús dice: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn 15:11). Jesús enseñó a sus discípulos profundas verdades doctrinales

para que su propio gozo viviera en ellos, y para que el gozo de los discípulos fuese perfecto.

La sana doctrina trae luz, esperanza y gozo porque revela las riquezas de la gracia de Dios para con nosotros. Llena nuestros corazones con satisfacción en Cristo a causa de lo que ha hecho por nosotros. La sana doctrina sirve para el gozo.

Al principio de Juan 1, el apóstol asegura que él es un testigo ocular de Cristo y, entonces, haciéndose eco de las palabras de Jesús, dice: “Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1Jn 1:4). El gozo de Juan en la verdad debía ser derramado sobre otros creyentes. Si no hubiese sido así, su gozo habría sido incompleto.

Lo mismo ocurre con nosotros. La sana doctrina debería moldear nuestras vidas, y nuestras vidas no solo deberían ser moldeadas por la iglesia, sino que también deberían ayudar a moldear la iglesia. El gozo que tenemos en Dios a través de la sana doctrina es completado cuando lo compartimos con nuestros hermanos y hermanas en la comunión de la iglesia.

¿Quieres tener gozo en Dios? Entonces entrégate al estudio de la sana doctrina y a vivir la vida que ella te señala. Y haz todo esto juntamente con los otros miembros de tu iglesia. Verás que a medida que tu gozo en Dios se derrama hacia otros, crecerá hacia una mayor plenitud.

La sana doctrina sirve para la vida; la vida en la iglesia, la vida de la iglesia, y para mucho más.

UNAS PALABRAS DE GRATITUD

En primer lugar, quiero dar las gracias a Mark Dever, Matt Schmucker, Ryan Townsend y Jonathan Leeman por su liderazgo piadoso no solo en la iglesia local, sino también en —y a través de— 9Marcas. Gracias por concederme el privilegio y el gozo de trabajar con todos vosotros. Estoy agradecido a Dios por las maneras en que me habéis ayudado a crecer como cristiano, y por las formas tan generosas en las que me habéis dado a mí y a mi familia. Gracias especialmente a Jonathan Leeman por invertir tanto tiempo para ayudarme a crecer como escritor.

Gracias a todo el equipo de 9Marks por conseguir que se haga realidad esta labor de edificar iglesias sanas. Gracias también a todos los que ofrendáis vuestros recursos a esta obra para que nosotros podamos dar nuestro tiempo.

Gracias a Crossway por su útil y valiosa colaboración con nuestro ministerio.

Gracias a Ligon Duncan, cuya conferencia en T4G de 2008 plantó algunas de las semillas que terminaron convirtiéndose en este libro.

Gracias a todos los que leyeron y dieron sus opiniones del manuscrito, incluyendo a mis padres y a mis queridos amigos Mike Carnicella, Matt McCullough y Alex Duke.

LA SANA DOCTRINA

Gracias a mis hermanos de Third Avenue Baptist Church por vuestro compromiso con el evangelio y los unos con los otros, y por vivir vidas piadosas que están arraigadas en la tierra de la sana doctrina.

Finalmente, gracias a mi esposa Kristin, para quien no tengo palabras suficientes para agradecerle como se merece.

REFERENCIAS

IRENEO

1. *Irenaeus of Lyons, On the Apostolic Preaching*, (Ireneo de Lyon: Demostración de la predicación apostólica), p. 40, St. Vladimir's Seminary Press, Crestwood, (New York), 1997.

INTRODUCCIÓN

1. *Toda la verdad acerca de Dios: La teología bíblica*. Este estudio bíblico forma parte de un conjunto de diez libros llamado *Guías de estudio 9Marcas de una iglesia sana*.

CAPÍTULO 1

1. William Perkins, *The Golden Chain* (La cadena dorada), 1592, en "The Work of William Perkins" (La obra de William Perkins), p. 177, Ed. Ian Breward, Sutton Courtenay Press (Appleford), 1990.
2. También llamado *alero bajo*, es el jugador que juega en el puesto número dos dentro de las cinco posiciones que un equipo de baloncesto ocupa en la pista. (N. del T.).
3. Si quieres profundizar acerca de por qué es importante para cualquier cristiano ser miembro de una iglesia local, consulta el libro de Jonathan Leeman *La membresía de la iglesia: Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús*. También puedes utilizar *las Guías de estudio 9Marcas de una iglesia sana*.

CAPÍTULO 2

1. En la música, un *riff* es una frase que se repite a menudo, normalmente ejecutada por la sección de acompañamiento. (N. del T.).
2. Michael Horton, *The Christian Faith: A Systematic Theology for Pilgrims on the Way* (La fe cristiana: Una teología sistemática para peregrinos en el camino), p. 13, Zondervan, Grand Rapids, (Michigan), 2011.
3. Compañía estadounidense fundada en 1910, famosa por la calidad de sus tarjetas de felicitación ilustradas. (N. del T.).
4. Si deseas considerar esto con más detalle, consulta la reflexión de Michael Horton en su libro *The Cristian Faith* (La fe cristiana), p. 19, 27-30.
5. Para saber más de la teología bíblica, consulta el libro de Michael Lawrence *Biblical Theology in the Life of the Church: A Guide for Ministry* (La teología bíblica en la vida de la iglesia: Una guía para el ministerio), Crossway, Wheaton, (Illinois), 2010.
6. Si buscas una introducción a la teología sistemática de lectura agradable y devocional, adquiere la obra de Wayne Grudem *Teología Sistemática: Una introducción a la doctrina cristiana*, Ed. Vida, Miami, (Florida), 2007 (revisada 2009).
7. Para una explicación y defensa de este concepto, consulta el capítulo 5 del libro de Jonathan Leeman *Reverberation: How God's Word Brings Light, Freedom, and Action to His*

People (Reverberación: Cómo la Palabra de Dios trae a su pueblo luz, libertad y acción), Moody, Chicago, 2011.

CAPÍTULO 4

1. Conocido pianista y compositor estadounidense. Compuso en 1965 la música de la canción “What the World Needs Now Is Love” (Lo que el mundo necesita ahora es amor). Dos años más tarde, los Beatles grabaron un tema con un mensaje similar “All You Need is Love” (Todo lo que necesitas es amor). (N. del T.).
2. John Stott, *Las cartas de Juan: Introducción y comentario*, p. 219, Ediciones Certeza, (Buenos Aires), 1974.
3. Jonathan Edwards, *Charity and Its Fruits* (La caridad y sus frutos), p. 19, 21, Banner of Truth, (Edinburgh), 1969.
4. *Ibíd*, p. 21

CAPÍTULO 6

1. D. A. Carson, “Worship under the Word”, en *Worship by the Book* (Ensayo por D. A. Carson “La adoración bajo la Palabra”, en La adoración dirigida por el Libro), p. 30, Ed. D. A. Carson, Zondervan, Grand Rapids, 2002.
2. J. Ligon Duncan III, “Does God Care How We Worship?” en *Give Praise to God: A Vision for Reforming Worship*, (¿Le importa a Dios cómo adoramos? en Dad gloria a Dios: Una visión para reformar la adoración), p. 33, Editores: Graham Ryken, Derek W. H. Thomas y J. Ligon Duncan III, Phillipsburg, (Nueva Jersey), 2003.

CAPÍTULO 7

1. Dos herramientas muy útiles para esto son el libro de Greg Gilbert ¿Qué es el evangelio?, Publicaciones Faro de Gracia, 2012, y la ayuda evangelística de Two Ways to Live: Know and Share the Gospel (Dos maneras de vivir: Conoce y comparte el evangelio), Phillip D. Jensen and Tony Payne, Matthias Media, Kingsford, (Australia), 1989.

ÍNDICE DE LAS ESCRITURAS

GÉNESIS

1:26-28 **116**
3 **40, 116**
6:1-7 **116**
8:20 – 9:17 **42**
12:1-3 **42**
15:1-21 **42**
15:16 **44**

ÉXODO

20:26 **107**
34:6 **45**
34:6-7 **88**

LEVÍTICO

19:2 **44**
19:18 **78**

DEUTERONOMIO

4:15-18 **107**
6:4-6 **78, 79**
10:18 **83**
12:29-32 **107**
12:31 **107**

1 SAMUEL

15:22 **107**

2 SAMUEL

6:5-7 **107**
7:1-17 **42**

NEHEMÍAS

9 **72**

JOB

1:21 **73**

SALMOS

2 **116**
12:6 **45**
23:1-6 **106**
29:2 **103**
95:1-2 **104**
95:3-5 **105**
95:6 **106**
95:7 **106**
100:3 **106**
104 **39**
106:1 **45**
119:105 **19**
133:1, 3 **98**

ISAÍAS

55:10-11 **40**

LA SANA DOCTRINA

JEREMÍAS

31:31-34 **42**

32:40 **106**

DANIEL

9 **72**

AMÓS

3:6 **45**

1:18 **40**

3:16 **117**

4:24 **108**

13:34-35 **79, 83, 125**

14:9 **40**

15:11 **129**

17:13-19 **64**

17:17 **40**

17:20-21 **100, 125**

MATEO

5:13-16 **125, 128**

5:43-48 **83**

5:44-45 **83**

6:9-13 **72**

12:46-50 **26**

22:37-39 **79**

24:12 **79**

28:19 **93, 108**

HECHOS

2:24 **117**

2:41 **26**

7 **42**

13:16-41 **42**

13:17-22 **118**

13:23 **119**

13:26-37 **119**

13:38-39 **119**

13:40-41 **119**

17:22-25 **119**

17:22-34 **119**

17:24-28 **121**

17:26-28 **120**

17:29-30 **121**

17:30 **117**

17:30-31 **120**

17:32-34 **120**

18:9-10 **123**

20:27 **50**

20:29-31 **51**

MARCOS

10:45 **116**

LUCAS

1:67-79 **116**

24:27, 44-47 **42**

JUAN

1:1, 14 **46**

1:12 **117**

1:14 **116**

ROMANOS

1:18 **116**
3:21-26 **40, 116**
3:23 **116**
4:25 **117**
5:6-11 **40**
5:7-8 **86**
5:8 **84**
5:10 **86**
5:12-21 **116**
7:17 **63**
8:28 **45**
10:9-10 **26**
10:14 **123**
12:1-2 **29, 36, 108**
12:3 **29**
12:4-8 **29**
12:9-10 **79**
12:9-13 **30**
12:19-21 **79**
14:10 **26**
15:6 **108**
15:56 **71**

1 CORINTIOS

1:12 **93**
1:13 **93**
11:23-26 **108**
12:13 **26**
12:14 **28**
12:15 **27**

12:21 **27**
12:24-25 **28**
12:26 **28**
14:12, 14, 26 **52**
14:12, 26 **108**
14:15 **110**
14:24-25 **126**
14:40 **108**
15:14 **93**

2 CORINTIOS

4:3-6 **123**
4:14 **40**
5:14 **122**

GÁLATAS

2:16 **91**
3:1 **91**
3 – 4 **43**
3:7 **92**
3:27 **92**
3:28 **91, 92**
3:29 **92**
5:2-4 **91**
5:22-23 **26**
6:5 **26**

EFESIOS

1:11 **45**
2:1-10 **123**
2:4-5 **87**

LA SANA DOCTRINA

2:17-22 **26**

3:10 **100**

3:17-19 **82**

3:18 **84**

4:1 **94**

4:2-3 **94**

4:4-6 **94**

4:11-16 **26**

4:14 **51**

5:2 **83**

5:18-19 **108**

5:25-26 **83**

FILIPENSES

1:9-11 **66**

2:1-2, 5 **97**

2:3-4 **96**

2:5 **96**

2:6-9 **96**

2:6-11 **97**

2:12 **95**

3:17 **73**

COLOSENSES

3:11 **91**

3:16-17 **108**

3:17 **108**

4:5 **22**

1 TESALONICENSES

2:13 **41**

1 TIMOTEO

1:3-5 **23**

1:8-11 **65**

2:8 **108**

4:13 **107, 109**

2 TIMOTEO

2:26 **22**

1 TIMOTEO

3:16-17 **63**

2 TIMOTEO

3:16 **36, 38**

4:2 **107**

4:3-4 **51**

TITO

1:2 **45**

1:11 **23**

2:1 **22**

2:2 **22**

2:3-5 **22**

2:6 **22**

2:9-10 **22**

2:10 **125**

2:78 **23**

HEBREOS

4:12-13 **22, 40**

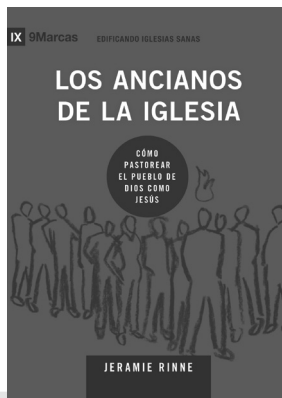
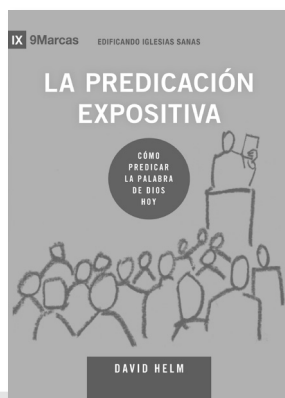
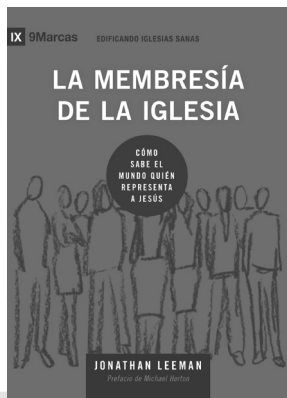
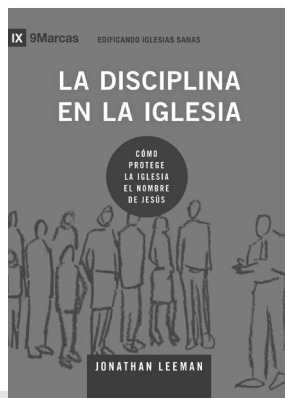
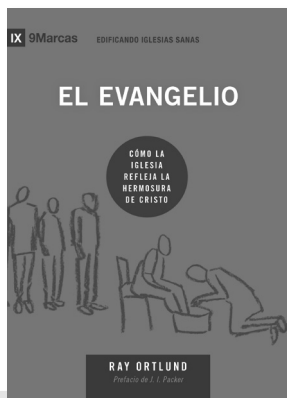
7:26 **116**

Índice de las Escrituras

8-10	43	1:9	45
10:24	79	3:2-3	69
12:28-29	108	3:16-18	85
13:7	73	3:17-18	86
SANTIAGO		4:8	88
3:9	82	4:10-11	83
4:1-2	59, 62	4:19	79
		4:20	86
1 PEDRO		2 JUAN	
1:4-5	73	1	80
1:14-17	68	2	80
1:22	79	4	81
1:23-25	40	5	81
2:11-12	125	6	81
4:8	78	7-11	81
2 PEDRO		13	80
1:3	22	APOCALIPSIS	
1:21	39	2:4	79
1 JUAN		22:12	40
1:4	130		

Lee otros libros de la serie de *9Marcas*

EDIFICANDO IGLESIAS SANAS

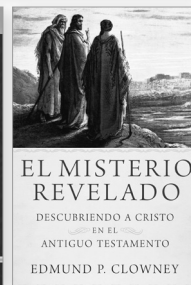
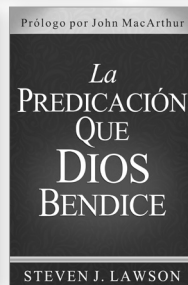
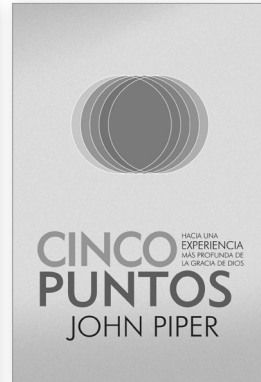


Encuentra más en

www.poiema.co/9marcas



OTROS LIBROS DE
POIEMA



el evangelio para cada rincón de la vida



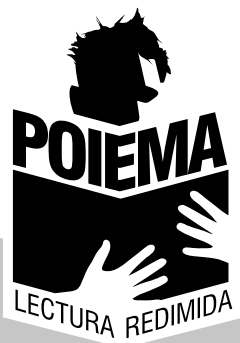
El Evangelio para cada rincón de la Vida!

La palabra POIEMA viene del griego (POY-EMA). Se refiere a una obra creada por Dios. Es la raíz de nuestra palabra *poema*, que nos insinúa algo artístico, no una simple fabricación. Pablo dice:

**“Porque somos la obra maestra (POIEMA) de Dios,
creados de nuevo en Cristo Jesús...”.**

Efesios 2:10

El propósito de Poiema Publicaciones es reflejar la imagen de nuestro Creador mediante la publicación de libros centrados en el evangelio, de alta calidad, accesibles, agradables y pertinentes al mundo caído en el que vivimos. Dios nos invita a tomar parte en la redención de toda Su creación en Jesús.



PoiemaLibros



Poiema Publicaciones

Visita
nuestra web **www.poiema.co**